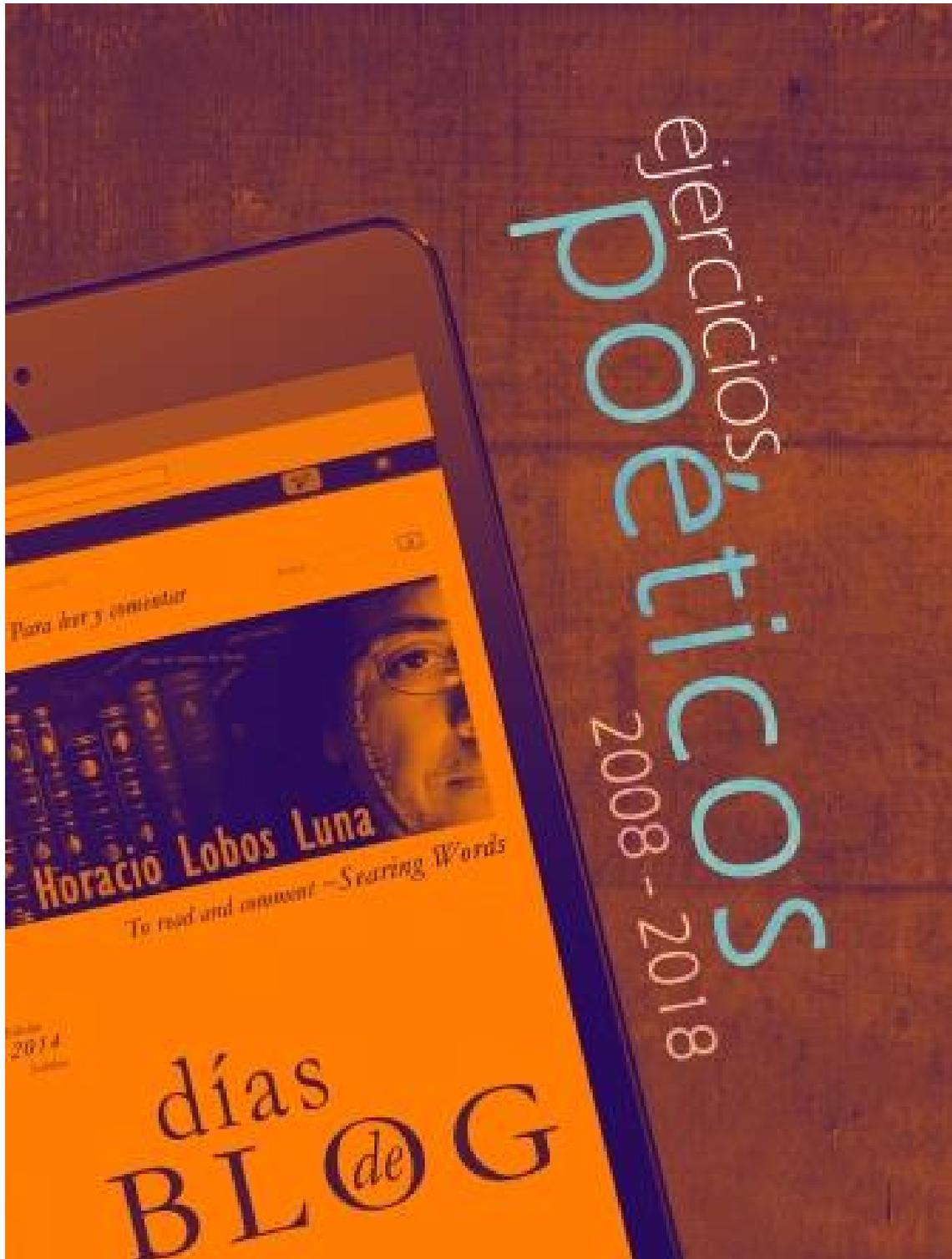


Ejercicios Poéticos. Días de Blog 2008-2022.

Horacio Lobos Luna



Capítulo 1

RUEGO POR ALGUIEN QUE SE FUE

No te vayas. Quédate.
La noche es más profunda
cuando tu voz subsiste dentro de la mía
y nuestros ojos escrutan
a los demonios que acechan, sigilosos,
en mitad de la bruma.

No te vayas. Quédate.
¿Por qué ceder a la rosa del día
este territorio abierto a fuerza
de negras espinas?
¿Qué queda después de la huida?
¿Dónde están los que veníamos,
abiertas las fauces, rugientes las venas,
sobre un mar de palabras
hechas de carne y sangre?

No te vayas. Quédate.
Mira que es doloroso el silencio
más que esta estridencia
de voces muertas,
decolorando cada entrada
obstruida de tantas
flores secas como la muerte.

No te vayas. Quédate.
Y sabrán que el cielo
puede arder a pesar de la lluvia,
a pesar del frío,
a pesar de tanta palabra
derramada sin sentido,
derramada,
sin sentido,
de tanta palabra
sin voz
que la sustente.

Capítulo 2

BEATUS ILLE

Injusta sentencia es la que se escribe
a la orilla del camino, sentado
como un paria vacío de abrazos
y manos amigas que alimenten.
Y sin embargo, qué dulce
es el fruto de la soledad mal habida,
el silencio incoloro de la pena y la rabia
cuando nadie palpita
al extremo de una mirada.
¿Por qué siempre unos ojos, unos labios,
el deseo de otra piel, el vacío
de otras manos?
No quiero frutos maduros
destilando su pulpa tibia
en la gruta de esta boca.
No quiero.
Sólo un roce leve, una pálida
aparición de amor,
de alegría compartida,
suficiente para ir por la vida
y luego olvidar simplemente,
si la situación lo requiere.
No es mucho pedir ser un poco
de piel, un poco de manos,
un poco de de esto y lo otro,
ir en un tour de corazones y vidas
que se celebran y se tocan sin dejar
más huella que un recuerdo de proyección
cinematográfica: un dulce escozor,
un breve dolor por la historia compartida
y luego a lo propio, al quehacer cotidiano
y el comentario sentido pero ya otro.
No es mucho pedir.
Que esta sensación de soledad
se trice en su fundamento más hondo:
en el amor de otros, en la profunda
huella de su anhelo y la indiferencia
acechando en la palabra que nunca llega.

Capítulo 3

IN MEMORIAM

Olvidé beber en las aguas del Leteo,
amigos, al pasar junto a ellas,
en la hora crepuscular de todas
las vidas pasadas y futuras.
Ahora me siento en silencio
en mitad de los días y las horas
con un racimo muerto de minutos
entre los dedos y pienso:
¿en qué recodo del incierto camino
pequé de guardar esperanzas
en el abismo de esta desolación?
¿Dónde estaba entonces la razón
que todo lo alumbra en las sombras
de lo que nunca ha sido y nunca será?
Debí perder la línea del horizonte
a la entrada de este laberinto
hecho de sueños y retazos de flores
que ya se han marchitado.
Aún recuerdo su aroma,
amigos, aún se agitan anhelos
en la rosa apretada de este pecho.
Porque olvidé beber en las aguas del Leteo,
porque no percibí su aura moribunda
susurrar junto a mis pies
mientras miraba en busca
de estelas luminosas que llenaran
un cielo que apenas se abría
en incontables noches de primavera,
hoy las grietas del tiempo
se estiran sobre mi rostro,
inmisericordes,
mientras el olor de la primavera
y los sueños palpitan intactos
a pesar del frío implacable que los cerca,
a pesar de tanta espera vacía de lo mismo.
Olvidé beber en las aguas del Leteo,
amigos, y la alevosa esperanza
que nunca muere venció al olvido
de lo que ya jamás será.

Capítulo 4

MISERERE

El niño que hay en mí quiere hacer
una declaración de último minuto:
no estaba del todo bajo mi control
el arma que disparé de repente a quemarropa,
esparciendo los sesos de los que más amaba;
ni el cuchillo que agujereó un par
de corazones de forma descuidada;
ni la espada con que cercené los brazos
de los amigos que me quisieron bien.

No era yo, no era.

Fue este niño que aún habita en algún
rincón perdido de esta miseria
humana de cuatro décadas
que apenas se sustentaría por sí mismo
si no fuera por sus certeras estocadas,
por sus correrías de loco dentro
de mi cerebro hecho a la medida
de la razón universal y ecuménica
de un estoicismo pregonado
a diestra y siniestra,
pero plagado de retórica ignorante
de sí misma.

Fue este niño que nunca murió
a pesar de las sentencias leídas,
aprendidas a la lumbre
casi mística que apenas cubría
las sombras más allá de la arteria
central que irrigaba las venas del alma:
triste fantasma de una pretendida
sabiduría, madurez y calma perfectas.
Este niño que sobrevivió a la debacle
de toda una vida buscando el recto sendero,
con la fe puesta en antiguas voces
que hablaban de lo que es y lo que no es.
Este niño fue, no yo.

Yo sólo fui el pobre paria de las letras,
de los pensamientos bien hilados
cuando la ocasión lo ameritaba y hacía falta.
De los textos rezumando una
apariencia de belleza y lozanía,
de terrores literarios puestos a la orden

de la metáfora que calzara mejor.
Perdonen al ignorante de sí mismo
si aún es el tiempo del perdón;
ignorante de su propia naturaleza,
asumió más de lo que en realidad podía;
perdónenlo aunque no sea más
que por consideración a ese niño
que nunca lo abandonó del todo,
a pesar de sí mismo,
que nadie vio por temor a que su propia
expectativa de un ser casi perfecto
fuera defraudada en su centro más íntimo.
Perdónenlo aunque no sea más
que por compasión de verlo padecer
como un niño.

Capítulo 5

ROMANCE DE JUNCO Y AGUA

En recuerdo de Óscar Castro.

No hablaré de las penas hoy.
Diré que el tiempo amanece
y el junco de la ribera vuelve a ondear
sobre la superficie temblorosa del agua.

De un lado a otro zumban breves
insectos en mensajes alados
sin destino preciso y sin horarios.
Es la hora de la delicia espumosa
que bordea los labios en dulces sabores.

Y el tiempo se alarga, y el sol se estira,
dice mi nombre como una letanía
que dormita en la calidez de la tarde.
Y sopla su gozo sobre la tierra una vez más.

¿Dónde están las penas que sólo ayer
me abrían hondos senderos de desesperanza?
¿Dónde los dolores que día a día
me deparaba la rutina de los meses
que nunca acaban?

Se marchitan sus rescoldos, tenaces,
moribundos, allí donde quemaron
mi alma, ignorantes de su zarpa
feroz y extenuante, pavorosa.

Lo sé. Bastaría un leve soplo
para levantar las cenizas y agitar
sus candentes brasas: tan frágil
es el corazón del que aún convalece.

Pero miro desde mi ventana, en la distancia,
y la dulce agonía retrocede ante el paisaje
de mis ojos abiertos al mundo, devueltos
a las cosas que crecen, poderosas
y crepitantes de cantos y esperanzas.

¿Qué importa si no brotó el amor
donde puse la caricia plena de afectos?
¿Qué si el vendaval de la pasión
fue más fuerte que la fe de mi alma?

Me abrazo de nuevo al amor, implacable,
más allá del gesto o la palabra
que jamás llega.

Y acaricio, furtivo, la espalda del amigo
que se va y me deja, porque es tiempo
de volver al agua mansa, luminosa,
al junco que se mece, jubiloso, solitario,
en la ribera temblorosa del agua.

Capítulo 6

LA MUERTE ES UNA VIEJA RAQUÍTICA...

La Muerte es una vieja raquítica
negra y afanosa que va por la tierra
y los campos blandiendo su guadaña
a diestra y siniestra, cortando y segando.
Siega ciega los tiempos de los mortales,
los días, las horas, los meses, los años,
uno por uno van cayendo bajo su ala
trágica los minutos como gavillas
que se pegan al melodrama de la vida,
sacudidas por el viento en vana
esperanza de inmortales sueños.

Pero la antigua voz del poeta
resuena sobre la rosa lozana
que se ufana en sus espinas:
Inmortalia ne speres, sentencia,
y la guadaña de la Muerte inicia
su siega ciega de cuanto florece,
sorda de cuanto tintinea y canta,
muda deja oír el susurro del filoso
metal rebanando certero, justo
y conciliador de todos los seres.
Un guadañazo murmura: *Por ser hombre*.
Otro jadea: *Por ser mujer*.
El tercero vibra rumoroso: *Por ser niño*.
Uno más sopla inmisericorde: *Por ser*.

¿Cómo huir de su arrebatado vuelo?
Inclinarse no basta, ni morder el polvo
para evitar el roce de su media luna afilada.
Ni el más rastrero de los mortales
alcanzaría a plegarse sobre la tierra
para no ser barrido de ella para siempre.
O para nunca.
Porque la Segadora viene y pasa, silbando
una canción de cuna para recordarnos
que nacemos carne de su guadaña.
¿Quién recoge los miembros repartidos sobre el campo?
¿Quién los guarda del penoso invierno de la Muerte?
Porque los vemos caer unos sobre otros y sabemos,
más allá de toda intuición, que quizás eso es todo,

lloramos la partida del que jamás parte,
del que se queda segado al comienzo,
en mitad o al final de la vida
o al principio de la Muerte.

Capítulo 7

¿Y QUÉ?

Me escriben y no respondo,
me comentan y no doy bola.
Hilvano pensamientos, escribo
algo así como versos
para la red sideral de los sin rostro,
de los sin amor propio, sin amigos
ni admiradores, ni perro que les ladre.
Hambrientos de atención y fama
vamos por los agujeros
de los pixeles haciendo y rehaciendo
y volviendo a rehacer;
una entrada lleva a la otra,
una palabra amable y un insulto
hacen subir el arco de las estadísticas
y de pronto somos felices un día,
una semana, un mes,
un breve año y podemos decir
que tuvimos cientos de visitas
y el contador colapsó por un momento
igual que nuestro ego,
en el rostro de nuestra soledad.

Recibo llamadas de atención
de los que siempre esperan atención
y un recado después de la señal.
Pero no pesco porque no me da la gana,
porque soy un miserable malagradecido
que sólo sabe escribir y escribir y escribir.
Porque me quedo esperando para recibir
y nunca dar porque es tan tedioso
decir mentiras, agradecer porque
la norma virtual lo estipula.
¿Y qué si sólo son sombras
que bailan detrás de unos Nicks
puestos sobre la hoja de un formulario,
inventos sonoros y poco creativos,
alternativas dadas por la página de turno?
¿Y qué si son una excusa más
para llenar esta nueva página,
escribir un par de líneas
y decir lo que hay que decir

de una vez por todas
aunque duela en el alma del monstruo
lascivo de la egomanía.com?

¿Y qué?

Capítulo 8

BALADA II

Sé que van de la mano por alguna
arteria de esta ciudad que amo.
Lo sé porque las mías palidecen
desde hace siglos por el frío
de la pena, la soledad, el olvido
y la huella del vacío que dejaron.
Lo sé porque escribo versos cursis
como este, cuando debería estar
haciendo el trabajo que nunca hago.
Que postergo en el dolor diminuto,
incrustado en la vena más recóndita,
imposible de alcanzar por más
que pasen los días o los años.

¿Qué harán mientras escribo estas palabras?
¿Adónde irán sus pensamientos
más felices, más llenos de recados?
Irán del uno al otro en la distancia,
a pesar del cielo o del infierno
que fueron dejando a su paso.
¿Qué les importará haber pisado
las flores, la hierba fresca,
el perdón una y otra vez otorgado,
cuando ahora sus dedos se enlazan
en un cielo que sólo en ellos
es un hermoso cielo estrellado?

¿Dirán el nombre de los muertos,
de los que languidecen, aún gimientes,
al exilio de sus manos?
¿Sabrán reconocer la huella,
la sangre con que al unirse
hicieron brotar y se salpicaron?
No ve la marca escarlata de la vergüenza
quien vive prendido de unos ojos,
de una pasión y de unas manos.
Por eso este dolor no quiere pasar
sin ser visto cuando una voz susurra:
"Iban uno al lado del otro por la Plaza,
en la noche, unidos, como quien

ignora a los que ha ignorado.”

No les importa quien los mire,
ni los cadáveres de aquellos
que más los quisieron y que ahora
pasan por su lado.

¿No temen a sus propias sombras?
¿No temen la sentencia que da la vida,
tarde o temprano?

En su paso, lento, seguro, unido,
se escucha el regio compás
del que nada teme, nada espera,
la confianza del tirano.

¡Ah, si la vida fuera, por lo menos,
una rosa, una piedra, una nube,
cualquier cosa, algo!

Y no esta letanía del cobarde
que la nombra para disculpar
los horrores que lo cercan,
los errores con que teje su disfraz
de bufón semihumano.

Entonces pediría retribución
para los que quedan, en la orilla, abandonados.
Estatuas de sal que no alcanzaron
a escapar del castigo infame
a la hora de la pregunta, de la duda,
del atónito volver sobre los pasos
cuando no se comprende porqué
el fuego arrasa a pesar
de la pasión de lo entregado.

Por alguna arteria de la vida,
unidos en la complicidad
de lo negado,
sé que van, cantando o riendo,
tomados de la mano.

Capítulo 9

RETORNO

Amigos, sé que es tiempo de volver
de los campos donde languidecen
los parias de sí mismos, idiotas convencidos
de un amor irrisorio y de la lanza
que atraviesa el costado de su pulmón
sin misericordia, ni esperanza alguna.

Dejar de revolver la llaga y jugar
a la víctima que se golpea contra el cristal
de sus lamentos como un pájaro obcecado
de tanta injuria bien hilada y mal tejida.
Lo sé, amigos.

Es hora del regreso victorioso de aquel
que se vence a sí mismo en el sangriento
instante del horror de su propia herida.
¿A quién engañamos si la vida era esto?
Un puñado de placeres que se trenzan
con esperanzas en la cadena del esclavo
de sus propias miserias, payaso infame
que cimbreaba su propia pena como un fantasma
al que rendirle pleitesía.

No diré más mentiras, amigos, no diré
más mentiras. Diré mentiras nuevas,
sí, de esas que hacen continuar con la vida.
De esas que colgamos al sol, deshuesadas,
cuando sólo queda el retorno del foso
que devuelve su reflejo moribundo
de unas pobres penas que no son nada.

¿Qué alguien me escupió el rostro?

Mentira.

¿Qué fui olvidado en la charca del desperdicio?

Mentira.

¿Qué me vistieron con las orlas del no amado?

Mentira.

¿Qué fui el títere de dos que sin piedad se buscaron?

Mentira.

Fui el que quiso olvidarse de sí mismo,
el que se vistió con las orlas que mejor le sentaron.

El que entregó los hilos de su mortaja
a los infames verdugos que bien lo amaron.

Todo fue mentira, amigos, todo fue mentira.

Porque era este corazón que deseó

y que en su carrera violenta violentó
su propio afán, que se estrelló contra
el muro de los lamentos sabiendo
que el tiempo de llorar llegaría tarde o temprano.
¿A qué decir entonces que no vi venir la ola
sobre el horizonte en el instante del temblor
más amargo?
¿A qué tanto lamento, tanto lamerse
las heridas expuestas para que todos se apiaden
en romería del mártir sacrificado?
No, amigos, el amor me desborda, me cubre
desde todos los flancos.
Era esta pena, esta reconcentrada esperanza
que no soltaba ni a sol ni a sombra
la que dobló mis frutos más altos.
Vuelvan, amigos, vuelvan sus lanzas
contra este que desprecia el amor
que día a día le han otorgado
con sus miradas y sus oídos, con su boca,
con su sonrisa y sus felices abrazos.
Aquí estoy, triunfante regresaré
donde claman por mi nombre, al punto
en que el festín del idiota se vuelve
la fiesta en retorno del amigo pródigo
que nunca, nunca, nunca fue olvidado.

Capítulo 10

DEL VICIO INCURABLE

Me dio por la poesía como a quien
le da por reventar bolsitas de aire
en los consultorios del aburrimiento,
esperando que llegue su turno
para la lobotomía inspiradora.

Pero aquí estoy girando en la misma
rueda, al mismo ritmo o peor,
casi en desbandada, sin poder detenerme
cuando llegan las palabras y empujan
a decir cosas en tono de intelectualoide
que desprecia lo que hace y siente.

Entonces hay que ponerlas en fila india
primero, luego en pilas de supermercado,
mover la ironía sobre ellas parafraseando
al ingenio y la ocurrencia o vomitando
las vísceras, aunque luego dé asco
de tanta sensiblería mal expresada
o apuntalada con metáforas y absurdas
regresiones a la adolescencia original.

Todo porque el corazón late a mil
cuando uno menos se lo espera
y descubre que los piojos existen
a pesar del shampoo y la costumbre
por la higiene y la asepsia de los días
y el asfalto, y los hospitales y los baños.

Luego, un día, te tambaleas herido
de una flecha infame que se hace carne
en unos ojos y una boca.
Buscas apoyo en algún lugar y la ves
ahí, tirada en medio de la calle,
como una mendiga que te ofrece
su bastón, o una puta
que se abre y te dice: "Entra y desahógate".

La miras de reojo y te quedas sentado
en la orilla de la vereda pensando
en unicornios y olores de nostalgia

y delfines que surcan campos de flores
en el solsticio de una maldita primavera
con su alergia de colores malsanos.

Y al cuerno con la prosa.

Capítulo 11

OLVIDO

He olvidado dar las gracias
en el torrente de los días
que pasan sin mi permiso,
cuando una voz responde
a mis preguntas hechas de jirones de rutina:
¿dónde está esta calle?, ¿conoce a esta persona?,
¿podría darme un jugo?
¿qué hora es?, ¿me da un lado?
He olvidado dar las gracias
cuando de mi boca salían todas ellas,
bellas, tersas, hermanas amantes
de sí mismas, pudorosas
y ardientes en su entrega
expectante de vidas y donación voluptuosas,
de amor, de sonrisas,
de intensos placeres de otros,
entonces,
cuando el tiempo y las lecciones
dictadas día a día, año a año,
generación tras generación,
no habían embotado la miel
que escurrían mis labios
al primer requerimiento:
una mano, unos ojos, un dolor
alojado en el centro de una vida
ajena a la mía.
He olvidado dar las gracias
en la solitaria tarea de cuidar
este faro en vigilia
de las señales que nadie ve,
que todos ignoran, que urden
la trama elemental del universo
diario, insignificante
de tantas gracias
que se pierden
en la niebla de la vida.

Capítulo 12

CATACLISMOS

Ruego por los que cayeron y rodaron,
por los que se hundieron, por los salvados,
por los que lloraron con lágrimas de barro
la ausencia de los que duermen para siempre,
por los que buscan en los escombros
la vida arrebatada bajo el dulce seno
de la Antigua Madre que arrulla compasiva,
hastada y abatida de su propio arrebato,
en el minuto insomne de siglos y siglos
de tanto gemir bajo autos,
autopistas y desfiles de última moda,
por los que abrieron sus fauces
como leones liberados después del juicio
y recorrieron las calles dando el golpe
de gracia a la humanidad y las buenas costumbres,
por los que, ciegos en su confianza ciega,
hicieron de pitonisos de tres al cuarto
y segaron las flores de las orillas oceánicas,
mecidas por el ulular de las aguas
que volvieron, pródigas, a saludar
a sus hijos ya sin memoria de sí mismos,
por los que hablan, por los que callan,
por los que exprimen el jugo de la desgracia
minuto a minuto y hora tras hora
en grandes titulares color sangre,
sangre de los destrozados,
de los que lloran sin consuelo para la cámara,
para los ojos del mundo,
ávidos de las emociones que la cuota
de realitys del día no les alcanza a cubrir.
En fin, por los que escriben versos
a costa de la vida y la muerte de tantos
y tantos que jamás los leerán.

Capítulo 13

INADVERTENCIA

Nadie me dijo que no viniera,
llegué porque así estaba escrito,
o porque alguien dejó un borrón
de tinta en el gran libro de la vida.
Me descolgaron de las cimas del cielo
como un pájaro herido,
como un alma que se va a pique
sin motivo aparente, sin aviso.
Luego me nombraron, fueron
abriendo mi carne y rotularon
mi sexo, mis ojos y mi boca,
mi pelo,
y tuve una fiesta que no recuerdo,
una bendición que salpicó
mi frente llena de llantos
nuevos y viejos,
de esos que aún me florecen
en los labios donde la risa
se posa cuando le dejan
espacio y se acomoda
casi a duras penas en la frágil
memoria del frío
y los inviernos.
Alguien me abrigó algún día,
me arrulló cual tórtolo
tibio que no sabe de qué va
la vida, de quién es figura,
ni cuál es su precio.
Ahora vengo y pregunto:
¿por qué
fui una brizna de polvo cósmico,
allá, en los albores del universo?,
¿de qué materia estoy hecho?
El nombre que me dieron, las risas,
los llantos, el cuerpo, las ganas
siderales de tu cuerpo,
¿por qué todo lo repudio a veces,
cuando nada me queda
más que este silencio?

Nadie me dijo que no viniera,
yo no tengo la culpa de este juego.
Nadie me dijo que ser hombre
era una nada que se va haciendo.

Capítulo 14

PARÁFRASIS POR GONZALO ROJAS

En memoria de Gonzalo Rojas (1917-2011), unos de los últimos grandes poetas chilenos.

¿Qué amaste cuando amaste, poeta,
en la breve espesura del tiempo
abierto sobre la palabra y el cuerpo?
¿Qué tersuras, qué voluptuosos
racimos de antiguos huertos
escanciados en inmortales mieles y vinos?
¿Qué amó tu boca sobre la rugosa
piel del mundo?

¿Acaso la salobre roca del abrasador desierto?
¿Acaso el portentoso rugir del mar en los puertos?
¿Acaso la vida entregada en grupas olorosas?
¿Acaso la muerte delirante del amor que se goza?

¿Qué amaste cuando amaste, poeta,
en la brecha puesta entre la luz y la sombra?
¿Dónde bebiste la preciada ambrosía
de los altivos dioses de la muerte y la vida?
¿Quién te cedió la palabra, cual tea
que arrasa como furiosa Gorgona
los dinteles de mi alma,
los pilares de mi casa?

¿Acaso en la fragua en que el travieso niño
blandió sus terribles flechas contra
la estremecida voz de Ovidio?
¿Acaso en el canto de Horacio
vencedor de la postrera ilusión
de la fugacidad y el olvido?

¿Qué amaste cuando amaste, poeta,
en el placer de las horas,
en el dolor de tu pueblo?
¿Qué cantaste, en el segundo
en que fuiste finito y eterno?

Capítulo 15

LA MARCHA

¡Abran paso a los que vienen,
a los Heraldos del Porvenir y la Esperanza!
Que ninguna barrera sesgue su marcha
por las calles y la rutas que yacen dormidas.
Véanlos subir desde los profundos abismos
donde la memoria dio su último
alarido antes de caer cercenada para siempre.
Véanlos traer el fuego que arde
con la flama de una vida que dimos por muerta.
¿No ven sus ojos abiertos sobre una tierra
madrastra de ciegos y tuertos?
¿No ven sus manos abiertas donde
unos puños nos habían machacado el pecho?
¿No oyen sus corazones insuflando
una ráfaga ardiente en la fría noche
en que naufragamos más allá
de la espera y el recuerdo?

¡Abran paso a los que vienen,
a los Heraldos del Porvenir y la Esperanza!
Que no quede piedra sobre piedra
que resista bajo sus gritos y sus cantos.
Corran a la calle desde el niño al viejo,
dejénlos pasar frente a cada puerta,
bajo cada techo.
Que el tiempo de la alborada
viene tras ellos, despeinada
y retrasada para la cita
de los que ya caminan hacia el sol
sin permiso ni freno.
¡Ay de los que les forjen cadenas!
¡Ay de los que les quiebren los huesos!
Que la sangre derramada aullará
como río que se despeña
desde los arcos mismos del cielo:
"¡JUSTICIA!", "¡DIGNIDAD!", "¡PUEBLO!"

¡Abran paso a los que vienen,
a los Heraldos del Porvenir y la Esperanza!

Capítulo 16

IMAGEN

Si yo dijera que las noches huelen a madre selvas
repetiría palabras oídas de otros, frases
leídas en libros cuyo nombre ya no recuerdo.
Buscaría en la cadencia de un sonido
un signo innombrable de lo inefable,
de una figura que se me escapa,
de un aroma que me invade en lo oscuro.
¿Qué será de las madre selvas? ¿Qué de sus colores?
¿Qué de sus formas? ¿Qué de sus olores?
Lo ignoro. Como ignoro el sentido de este movimiento
de mi alma sobre una hoja que no es hoja,
de palabras que no son palabras,
de sonidos que no destemplan
los oídos, y aromas que nunca trascendieron
la porosa sustancia de lo indecible.

Capítulo 17

IVUNCHÉ

No volví de mí.
Perdí para siempre el sendero
de salida cuando bajé a este laberinto.
Los infiernos personales son los cielos
más hermosos y abiertos
si entramos con la maravilla
pintada en los ojos
y festejamos los recodos más oscuros
de nuestra alma como la última
tabla de salvación para esta ciega lucidez
que se hunde hasta las raíces
de los terrores ancestrales.
No volví de mí
y familia y amigos esperan
a la puerta de esta piel
a que regrese un día del lugar
al que me he raptado
en un arrebató de delirio omnisciente
por querer saberlo todo,
por descifrar hasta la minúscula
mancha en el concho de este abismo
que me habita desde que
quise conjurar a cuanto demonio
me persiguió en pesadillas de infancia.
Hijo de la Madre Primordial,
sangre de su sangre,
cuerpo de su cuerpo,
elegí yacer con los engendros
que se arrastran por los bordes
de los precipicios,
los exiliados del Paraíso,
los hijos del primer amor
fallido de un dios
cuyo rostro ya nadie recuerda.
No volví de mí
y el espanto del mundo
ya cierra su mordaza y cuenta las horas.

Capítulo 18

NO TENGO TIEMPO DE LLORAR...

No tengo tiempo de llorar
la caída de estrellas fugaces.
El cielo está lleno de sombras
y fuegos fatuos que se precipitan
por el azar del tiempo.
¿No ven la sangre que mancha
la tierra debajo de nuestras plantas?
¿No ven los ojos y las bocas
que fueron desgarrados
en un silencio de muerte
y en una complicidad bastarda?
Otros cayeron antes,
tronchados por la mano del verdugo,
sin una estela de luz que atrajera
las miradas en su último suspiro
de agonía y dolor.
¿A qué viene tanto lamento
de cara a un cielo plagado
de rutilantes astros
que caen por ley de gravedad?
Abran las fosas donde aúlla
el horror de los huesos desencajados,
cubiertos por la desidia del tirano
y la abyecta injusticia.
Oigan el gemido del que no sabe,
del que no entiende,
del que aún espera que la espada
de la justa sentencia caiga
y devele la incógnita
de regazos vacíos
y doloridos para siempre.
Y de tanta lágrima derramada
por el ídolo caído,
mientras en la sombra
el horror permanece maniatado,
sepultado por el lacerante
olvido y la ignominia.

Capítulo 19

NO FUIMOS ETERNOS

No fuimos eternos
y los años nunca fueron nuevos.
Lo supimos demasiado tarde,
casi a las puertas de lo que quedaba.
Levantamos la copa en vano
porque en vano fue llenarla
y bebérsela en un último sorbo
deseando un futuro con frases repetidas
como en un espejo desgastado
y sucio de tanto pasado que se agolpa
crepitando en la tupida llama del tiempo.
No fuimos eternos
y en el cielo sólo florecen las cenizas
de una alegría que se aconcha
en un fondo silente de algo así
como el alma.

Capítulo 20

TODA LA SANGRE

Yo sé lo que es la sangre, lo sé.
Una vez la vi manar de las rodillas de mi madre
en una calle solitaria donde pupulaba
tanta gente que no vio mis lágrimas de niño asustado.
Desde entonces me desvela y me cerca
como una marca indeleble sobre la frente del mundo,
sobre esta misma hora rota en la que estalla
entre ciudades en ruinas y ruidos lejanos
y terribles como la primera sangre.
Su rojez se mezcla con el hollín y el polvo de las rutas
y los días que nos conducen
a oscuros callejones de horrores cotidianos,
se mezcla con la saliva dolorosa, con la piel
que se desgaja a pedazos diminutos o abierta a destajo.
¿Quién levanta del suelo a mi madre
y le limpia las heridas de una vida que empuja
hasta caer de rodillas sin decir palabra?
¿Quién seca las lágrimas del niño
que llora en medio del tumulto mientras la sangre corre
sobre la piel que lo acurruca y mece?
La sangre de otros no es tu sangre, dicen,
el llanto y el lamento no restañan heridas, dicen.
Otros sangraron antes, otros lloraron sin consuelo, dicen.
Otros cayeron de rodillas en el fragor
de mil batallas, en una esquina solitaria,
atestada de voces y ruidos ininteligibles,
con un niño que lloraba aferrado a una mano que caía.
No sé. No sé.
Sólo sé que toda la sangre derramada
es el horror de la sangre en las rodillas de mi madre.

Capítulo 21

LA LLAMADA

Cuando los ojos de la tierra son ojos en llamas
y un canto de sirena brama a lo lejos,
recojo el aliento de los que me precedieron
y enfilo hacia espacios ignotos.
Las miradas son caricias lejanas,
ondeando eternas preguntas incontestadas
mientras me fundo al paisaje a lo lejos.
¿Qué voz tan portentosa te llamó
desde los antiguos caminos?, preguntan.
¿Cuál es el precio de una vida
que se pierde en la espesura de los sueños?
Es el abismo del tiempo.
Es la infinitud de la tarde
bajo un manto de nubes rojas
en esplendorosos atardeceres de infancia.
Es el clamor de las vidas, el rumor de las guerras,
el brotar de las luchas, el grito en las calles,
el cauce de un río, la tierra, el cielo.
Es la palabra vibrante en la inmemorial voz del poeta.
¿Cómo explicarlo?
Cuando los ojos de la tierra son ojos en llamas
y un canto de sirena brama a lo lejos.

Capítulo 22

404 NOT FOUND

En largas noches de insomnio
espío circuitos sin tiempo
ni espacio buscando tu cuerpo,
y un genio maligno repite
su inmisericorde mantra binario:
404 not Found.

Enjambres de ventanas
se abren y se cierran, titilantes,
como ojos o estrellas fugaces
a punto del signo definitivo
o el deseo incumplido
antes de caer para siempre:
404 not Found.

Pulse la tecla correcta, dicen,
repita la operación, por favor,
espere, ingrese la clave,
¿desea darse de alta?, ¿está seguro?,
¿quiere reiniciar ahora?,
la espera ha caducado:
404 not Found.

Pixeles y bits se alinean
en los linderos de la pantalla
cual planetas sobre un cielo profundo
y callado como la noche
en que navego hacia unos ojos,
una boca y una piel que destila
la espera inocua y fallida:
404 not Found.

Hundido en la espesura del sueño,
pulso la última tecla
antes de caer rendido para siempre:
404 not Found,
404 not Found,
404 not Found,
404 not Found.

Capítulo 23

UTOPIÍA EXPRESS

¿Tan breve fue el convite
y el furioso ardor del vino en la sangre, amigos?
¿Tan efímera la palabra que vibró
desafiando la negra noche?
Sólo queda este silencio haciendo eco
de la rabia enardecida, de las bocas
incendiadas de injusticias, de la sangre
derramada que clama luz en la vigilia.
¿Dónde están los sueños que forjaban
al calor del dulce mosto?
¿Dónde el temblor desafiante
de los puños y los pechos?
Uno a uno abandonaron nuestra mesa
al romper la madrugada,
cuando la bruma humedece
hasta la vena más candente de la tierra.
Eso es todo, amigos.
¿Eso es todo?
¿Sólo un frágil soliloquio
al final de una noche oscura y negra?

Capítulo 24

DE LO VANO

Hay dolores que no pasan.
Adormecidos bajo la costra
de la vida
esperan paciente su momento.
Un breve roce los despierta
y en carne viva
se renuevan sus capullos
sobre el suelo calcinado
de una herida.

Y una voz vuelve a cantarlos
en la silente lejanía
como en sueños.
Tañen sus polvosas campanas
en la soledad de su mortaja,
sus tormentos,
y se quedan resonando
en los rincones más oscuros
como un eco.
¿Quién lo diría, amigos,
quién lo diría?
Hay dolores que no pasan.
Y qué inútil tanto pobre
y triste verso.

Capítulo 25

ODA AL REY DE LOS HUEVONES

El huevón más grande del mundo
sale de su casa cada mañana
como quien va a una matinal de circo;
lleva su traje de payaso, y sus lágrimas
pintadas en grandes gotas rojas.
A veces sonrío más de la cuenta
al amigo que le tiende su mano
por compasión de ver aquel
rictus patético que es su rostro:
mendigo un poco del amor
o la amistad regateada a mansalva.

¿No le dijeron que tres son multitud?
¿No le enseñaron que ser
el tercero de la mesa y un mero espectador
de la felicidad de otros
es digno de lástima?
“Vuelva mañana”, le dicen siempre
y siempre vuelve.
“Hoy no se fía, mañana sí”,
lee infinidad de veces,
pero no termina de pedir
crédito apenas le preguntan
cómo está y qué ha hecho.

“Sean honestos”, suplica,
“díganme la verdad, ¿acaso molesto?”
Pero la verdad es relativa
y más cuando se anhela el calor
de alguien en quien confiar,
y el amor es ciego,
ciego como un topo,
sordo como una tapia,
y la honestidad es un baile
pasado de moda, un dolor
en el costado de la humanidad,
molesto y aberrante, del que nadie
quiere saber un comino.
Por eso le sonrían y le dicen
que no, que está bien, que todo
está bien, que otro día será,

y el huevón vuelve
una y otra vez.

El huevón más grande del mundo
cree en la amistad pura,
en las buenas intenciones
y en la Virgen María.
Lee a Séneca y a Plutarco
y cree que la sal de la vida
es el amor que entrega a otros
y que otros devuelven por ley natural.
No sabe concebir el engaño y la desidia,
ni calcula el mal que otros podrían hacerle.
Se siente culpable porque no le aman
como les ha enseñado a amar con su amor,
porque no quieren su amistad
con la intensidad de su fuerza.
Insiste y se arrastra ante la puerta
que se cierra en su cara y piensa:
"Tal vez fue el viento", "Quizás no es
un buen momento", "Debí
llamar antes".

El huevón más grande del mundo
se detiene ante el amigo
que lo ignora y piensa que algo
ha hecho mal, y que la amiga
que lo busca para hablar
se preocupa de su amistad
tanto como él de ella.
Pero no sabe que él y ella
están en la otra línea de juego,
y aunque él desee entrar
en el partido está outside
porque el tiempo de los huevones
pasó como pasa la vida y la humanidad.

Capítulo 26

SIGNA AMORIS

Deja que Amor tienda sus lazos
sobre esta tierra preñada y baldía.
Que enjague sus suaves mixturas
en tiernas sonrisas cubiertas de días,
de horas, de años que avanzan, silentes,
fragor subterráneo de anhelos sin tiempo,
sin mieses.

Deja sus tiernas espinas uncirte de llagas,
como una corola que apenas florece
entre las arenas, blandura y cobijo,
resina de soles, virutas de luna en tibios albores.
Que acune sentinas de holas y adioses
en muelles que gimen secretos designios,
atados y quietos, cuando nadie los mira,
nadie los oye.

Deja que Amor injerte sus dardos,
furtivos y tersos, sobre esta dura corteza
tan fértil, tan yerta de aciagos retoños.
Abriga la miel que destilan los besos
que nunca se abren, que nunca se cierran,
que exprimen sus jugos maduros
en profundo follaje, en risueñas miradas
tan breves que apenas se posan,
apenas se tocan.

Deja que trence su danza tímida
entre el cielo y la tierra,
amargo cáliz y dulce ambrosía.
Sólo Amor sabe
lo que Amor ignora.

Capítulo 27

ESPIRACIÓN

Fiel aguardo a que las palabras lleguen,
gimiente mendicante en una esquina.
El rostro enjuto, las manos unidas,
rogando por la luz entre lo inerte.

En muda hora el cursor late, silente,
náufrago en blanco océano sin vida.
Cada signo es la flor con que salpica
un eco repetido para siempre.

Qué triste Prometeo aquél que canta
agraz victoria en roca del martirio.
La frágil tea hurtada del Olimpo,

ante el eslabón tirano, es vana.
Y en la profunda noche, ciega Parca,
versos en rastrojos hilvano e hilo.

Capítulo 28

HORA TRÁNSFUGA

Aquí donde estoy,
en el suspenso de la vida y de la muerte,
del hoy y del mañana,
del mundo que murmura o gime o aúlla,
aquí,
justo aquí siento el efluvio centinela
del amor que me han brindado
a diestra y siniestra,
en los tiempos idos y los que se continúan
unos tras otros,
persiguiéndose en las sombras o a plena luz.
A pesar del torbellino desolador
de tantas horas y tantas idas y venidas,
de las mañanas empacadas en hojas
y carpetas, en trajes y horarios
que repiquetean y escuecen
detrás de los sueños y los agotan,
a pesar de la vida que no despega
si no es en el eterno retorno
al horario eterno de la eterna rutina.
A pesar de todo, los vi sonreírme
desde la orilla,
cuando hice abandono
de las aguas fraternales
en las que me mecieron y que agitaron
con benevolencia para el desertor
de todo.
Empaqué cada abrazo y cada mano estrechada
en el camino,
todas las esperanzas que me brindaron,
y el trozo de pan que quitaron
de su mesa para sostenerme en el largo,
incierto viaje del tráfuga que huye
por amor a sí mismo
y con el amor de otros.
Oí un sollozo silencioso
dentro de un corazón,
y dije que así es la vida,
pero no retiré la mirada del horizonte,
y seguí.
¿Aún se agitará una mano a mi regreso?

¿Esperarán en la misma orilla el mismo
gesto y el mismo abrazo?
¿Qué le queda al desertor
del amor sino volver al desierto
de un olvido que fraguó
como un Hefesto
que forja sus propios eslabones,
sin principio ni fin,
sellados a fuego y agua?
Y decir: "Los he amado,
a pesar de todo, como a pesar de todo
fui amado".
Y esperar en el silencio
de la huida
que toda retribución sea cumplida,
por fin y para siempre.

Capítulo 29

PULVIS ET UMBRA

La vida no era la vida a fin de cuentas,
era un sueño que fabricamos
con retazos y muñones
en días de frío intenso
y cadalsos de piedra y hambre.
Porque no hubo porqué ni cuándo,
ni dónde ni cómo
fue que erigimos esta estancia
vacía y abierta hacia nuestros ojos
y nuestras ansias.
Y la risa fue un ruido surgido
en la penumbra
más profunda y aterradora
al borde de una mano
y una boca
y un vientre.
Y jadeamos
y suspiramos
hacia ocasos intensos
y noches plagadas
de luces y sombras,
y nos aferramos a cada estrella
para no caer, para no volver
al fango del que fuimos tomados.
Y a pesar del miedo y el llanto
oculto en la primera aurora,
allá, donde aún palpita
la muerte que acecha
detrás de cada caricia,
desplegamos colores
y formas más férreas
que cualquier imagen,
la imagen del mundo,
frágil mariposa
pintada de eternidad y gloria,
y le pusimos un nombre
y la echamos al vuelo.
Por eso venero
la humanidad constante
de quien ríe a mansalva
en la boca implacable

de los días y las horas.
Y habla de la vida
como si fuera de roca
y no de arena.
Y abre las manos
y el pecho al trueno
del tiempo
y sueña lo eterno
en la finitud de una tarde
que es polvo y ceniza.

Capítulo 30

DANZA Y FUEGO

¿Esperaban más, amigos?
¿Esperaban más?
¿Una rosa fundida a la luz rutilante
de una tarde de invierno
sin nada que la explique,
puesta allí
simplemente, meciéndose en la suave
brisa del atardecer
no es suficiente?
¿No es suficiente una brizna
perdida que gira
maravillada en una danza
exquisita, sin razón
ni tiempo
ni sentido que la sustente?
Entonces quédense en la espera
de lo no calculado,
de lo no definido,
de lo impensado,
y rumien su lamento
por la energía muerta,
la falta de eficacia,
lo anodino de lo impráctico
y los talentos malgastados.
O enciendan la hoguera
para que el fuego abrasador
de la vida y el mundo
arrasen con cada minuto,
cual gavillas resecas
al final
de su larga espera.

Capítulo 31

SUB ESPECIE AMORIS

No hay amor más grande
que el amor despreciado.
Un mendigo a la puerta
llamando despacio
por temor a las Furias
y los soles candentes del averno.
Un faro perenne
jamás abatido por vientos,
girando en la noche,
buscando y gimiendo,
la flama encendida
abriendo tinieblas,
llamando
en silencio,
eterno, eterno.

No hay amor más grande
que el amor despreciado.
Tendido cual mano
que tiembla y rebosa
de pétalos tiernos
fragantes, dispuestos
sobre una mesa blanca
servida y silente.
Que siempre sonrío,
que nunca blasfema.
Que nombra en susurros
cual fiel penitente
dispuesto a inclinarse
mordiéndolo sus preces,
paciente, paciente.

No hay amor más grande
que el amor despreciado.
No hay amor más grande,
no hay amor.
Lo demás vanas rosas
de oscura pasión.

Capítulo 32

LA VOZ DETENIDA

No me siento aquí por puro gusto. Hay una canción que se abre y extiende desde este silencio. Sacude ciertos umbrales, tan oscura o luminosa que ciega. No con palabras, con breves figuras de piedra, musgo y olores de lluvia en un desierto. Sube y avanza con su temblor de victoria sobre campiñas de ensueños, aquí, junto a esta quietud que comprime y espera. Entonces hay que emitir el primer sonido, formar la primera letra, extender las primeras palabras, como una alfombra de rosas y sedas ante el blando lecho palpitante del deseo postergado tantas veces. ¿Qué hacer? ¿Romper con todo y tronchar los tallos florecientes de la primera aurora? ¿Huir cantando por los caminos sin una cuerda dolorosa que tense la perfecta melodía?

Alzarse ante el peso de la vida, tal vez. Hundirse en el devaneo bullicioso de lo cotidiano. Tejer citas, firmar pies de páginas, saldar cuentas y seguir. Avanzar. No sólo mirar desde esta estación vagones de gentes que suben y bajan, con sus gritos certeros y sus llantos de niños; y decirles adiós con una sonrisa de nostalgia perdida. ¿A dónde van? ¿Qué buscan? ¿No oyen como entona su profunda letanía el paisaje mudo y detenido ante quien se abandona a sí mismo definitivamente? Una inútil figura de mujer u hombre que se quedó truncada en medio de lo que pudo ser y no fue, pero que está siendo justo ahora, allí donde la vida se estrella contra sí misma y se abre como una flor absurda sobre mares de cemento o roca.

Capítulo 33

ÚLTIMA MISIVA

A quien corresponda:
Dejé de pensar en usted
el mismo día en que descubrí
que las alas de las mariposas reposan
sobre el frágil cuerpo
de una rosa que se marchita
con el tiempo.
Cuando dejé de agitar las manos
entre sueños e insomnios
en el instante preciso
en que la noche se hizo
cómplice muda
del otoño y el invierno
trayendo hojas amarillas
y blancos mantos de niebla.
A veces nos cruzamos
en una esquina y le sonrío
para ver si el mensaje llegó a destino,
pero es la misma sombra
y el mismo vacío
que se ilumina sobre
el mismo instante que se apaga.
¿Qué decir?
Ningún gasto de envío
a considerar,
sólo la envoltura de los sueños
que se rasga y se arruga
lista para el tacho de la basura:
ni siquiera reciclable
porque fue hecha a la medida
de un mundo aún cubierto
de verde y un sol que sonreía
tras unas gafas oscuras.
Nada más que agregar,
sólo restos de abrazos
que aún quedan por ahí
y una atenta despedida
como gesto final
(porque la educación lo amerita)
de quien suscribe,

siempre
cada día menos suyo.

Capítulo 34

TRENO POR LA MEMORIA

iCanta, oh, Musa,
los horrores devastando la tierra
como mil Furias asesinas
en busca de retribución!
Di cuán férrea fue la mano
del verdugo sosteniendo el hierro
candente y el filo acerado
abriendo la sangre y los miembros.
Cómo se ahogó el aullido
entre cavernosas paredes de piedra
y hambre, de gemidos y ayes sin fin.
Adorna tu canto con la muerte
derramada y esparcida sobre los mares,
guardador de manos y brazos
devastados y rotos para siempre,
tendidos entre glaucas sentinas
y tortuosos abismos.
Que tu lira pulse cada cuerda
cual saeta vibrante sobre la llaga abierta,
allí donde no alcance el suave bálsamo
de níveos dioses, ni perfumadas selvas.
iAy, de tu canto, Musa,
si no es el lamento doloroso de la tierra
parturienta de huesos y espinas rotas!
iAy, de tu canto!
Escurra lava en quemantes versos
desde Helicón hasta las raíces de Hades,
y sea tu dulce voz
oscura Gorgona siseante
para el grito estrangulado
de Mnemosine,
allá, en el negro seno
donde aguarda encadenada
la sentencia inexorable,
grabada sobre la corriente
sangrante de Leteo.

Capítulo 35

CONCILIACIÓN DE LA MUERTE

Ya la Muerte Guerrera
baja sobre los fértiles campos,
desoladora e implacable
arrebata los frutos en ciernes,
aplasta los ya maduros
y quema la pulpa seca
de sol y tiempo.
Al son del clarín
de la primera aurora
ha anunciado su paso, aterradora,
y desde los primeros rayos de luz
se dibuja la promesa
de su figura
como un ejército en marcha,
listo para el asalto final
y el disfrute de su botín.
¿Daremos la lucha
al pie de esta colina
o al resguardo de estas murallas,
o abriremos las puertas
y caeremos rendidos
a sus pies antes que la noche
nos envuelva
en su espesa cabellera
de niebla y oscuridad sin luna?
Porque lleva la Victoria
pintada en su rostro
con la sangre
de los que ha arrebatado,
y su cuello se adorna
con flores marchitas
y semillas muertas,
y las lanzas se quiebran
ante su asalto como tiernas
espigas ante el peso del viento.
Ven, Hermana Conciliadora,
entra en nuestras casas
y siéntate ante la mesa.
Entre los susurrantes álamos
y los añosos sauces
te hemos tendido un suave lecho,

y contigo retozaremos
cuando la tarde haya avanzado
y el rumor del mundo haya caído.
Serás nuestro consuelo al final
del día lleno de afanes,
y serás nuestra nueva alegría
antes de la próxima cosecha.
Entonces habrá fiestas y cantos
esperando el tiempo de tu llegada,
y gozaremos de los frutos maduros
y escanciaremos el más dulce mosto.
Y tejaremos guirnaldas de lozanas flores,
y las colgaremos a tu cuello,
y diremos: "Bienvenida, Hermana Conciliadora".
Y nos conquistarás al fin
y te conquistaremos,
y el cielo será un camino
de estrellas hacia el infinito
de todas las edades y todos los tiempos.

Capítulo 36

MISTERIOS GOZOSOS

Mañana es tiempo
de cosecha, hermanas.
Aten el pañuelo sobre sus cabezas,
recojan los cabellos
bajo la suave tela
y resguarden con sus finas hebras
las trenzas
de las candentes flechas apolíneas.
Traigan coronas de flores
ciñendo las anchurosas cinturas
y los bronceos cuellos,
y dancen sobre el mosto
y beban del elixir
de la primavera.
Es tiempo de cosecha, hermanas,
y la tierra resopla
bajo el manto delirante
de un cielo límpido,
encendido por la furia de Febo.
Las aguas bajan
ya por última vez
los frondosos Valles
hacia las subterráneas fuentes,
y la hora de pastar
reúne a las bestias
sobre la mullida alfombra
verde de esta tierra.
Allí retozan, una contra otra,
en la tibia dulzura
de sus arrullos,
pudorosas tórtolas
y ululantes palomas.
Canten, dancen,
llenen el aire con el perfume
de sus desnudos senos
rozando la quieta
superficie de las aguas
que limpian el cansancio
y sacian la sed
y destellan sobre la oscura roca.
¿No ven que en su oculta

mansión prepara el Bóreas
su pronto arribo,
y se esparce sobre la tierra
con inquieta audacia
y sin previo aviso?
Gocen los espesos
frutos de una vida llevadera
antes que todo
se vuelva desierto
y no quede más que piedra
sobre piedra
desde los últimos linderos
hasta un valle silencioso como la muerte.

Capítulo 37

PRELUDIO DE RETOÑOS Y FLORES

Si le nace un niño
suave como un ovillo
y dulce como una tarde de estío.
Si no sabe decir su nombre
o toma el té
con manos de mariposa,
o llora la luna
porque no la alcanza
y la sigue
en el agua y la canta
en el sueño.
Si su cuerpo rompe la simetría
de homo erectus
o de bella donna
porque torció
sus huesos en la curva
juguetona de Orión
cuando bajaba a su encuentro.
Entonces no hay más remedio.
Píntele un "Frágil"
con grandes letras rojas
en el corazón y el pecho.
Zúrzale cada palabra
en cada pliegue de sus ropas.
Mire que el mundo
lleva prisa y no oye el canto
dulce de las cigarras
ni entiende
el ruido sordo de los astros
que salen de su boca.
¿No ve que hay lobos
hurgando entre los campos
llenos de flores dolorosas
y hermosas por imposibles?
¿No ve que esperan su momento
para surtirse de presas
que se alejan
de la camada
por seguir olores de cielo y viento?
Allí están,
esperando su momento,

presintiendo el color
de su esperanza
enredada en cada abrazo
y cada beso.
Sacando cuentas:
¿cuándo cuesta cada lágrima,
cuánto cada sueño?
Si su niña trae ojos de risa
dorada como una almendra,
píntele un "Frágil"
sobre las pupilas,
y entre los cabellos
cuélguele faroles
con cuentas de luciérnagas
para las frías
noches de invierno.

Capítulo 38

AHORA ENTRO YO

1

Ahora entro yo.
Salgan.
No he abierto aún
las venas de esta sangre,
ni la boca de esta palabra
ha sido desgajada de su primer sonido aún:
sombra espesa, tiempo errante,
piel suntuosa apretada a un árbol
cual corona frutal ávida
de profundas victorias
subterráneas.
¿Serán estos ojos de Gorgona
que me han brotado de las sienas
hacia el borde de este rostro enjuto?
¿Serán sus destellos crepusculares
sobre la ventana breve
que eclipsa su propio anochecer
los que se arrullan
cual tórtola insomne
entre el follaje sonoro?
Hebras incrustadas, rítmicas cuerdas
destiladas sobre pliegues virginales.
Invocación. Imágenes incomprensibles
en mágica danza
desde una palma
que inclina sus dedos cual capullo sagrado
exprimiendo divinas mieses.
Voces idas, incongruentes ya
en esta hora vernacular de la palabra,
gesto disecado sobre su propia huella
antigua y olvidada para siempre.

2

Por siempre. Para siempre.
Así es como queda
cada cosa puesta sobre
cada esquina del mundo:
sumida en su inexorable crepúsculo,

arrinconada contra su propia sombra,
penitente y obtusa.
¿Quién desplegará las persianas
caídas sobre la postrera
oscuridad
o vigilará los tenues linderos
que el sueño traspasa
inadvertido y risueño
como en un amoroso juego eterno?
¿Fin del juego? ¿Eso es todo?
Y luego la orla infernal de fuego negro
ciñéndose a todo un poco,
así,
como un guiño postrero de adúltera
antes que raye el alba y todo sea reposo
y tiempo ido, consumido
en su breve temblor de hembra herida
por los años y las nieblas
de los siglos.
¿Partir? ¿Volver?
¿Adónde?
Ni siquiera el aquí depuesto
cual letra caducada en inminente
anhelo de lo pretérito ya nunca sido
sabrán decir su por qué, ni su cómo,
ni su cuándo.

3

Abro la boca, ya es tiempo,
y emerjo desde la ostra sideral
que se pliega fuera de sí misma.
Esta era mi alma, al fin, toda ella
desnudez, inaudita, tersa
y fresca como la nuez antes
de hundirse en la fosa sonora,
pestilente, jugosa
de las palabras.
Pongan el bozal a esta loba hambrienta,
abierta hacia la sed insondable
de un ardor silente.
¿Debo tocar mis labios
con dos largos dedos pálidos
y lamer mi propio veneno
refluyendo en su llameante
cuerpo?
Ahora vean. Ahora sientan.
Toquen. Miren.

Frondosos y abismales senderos
serpentean bajo la prudente
faz de lo que se ignora.

Capítulo 39

DE PROFUNDIS

El descenso nunca ha sido fácil.
Hay que caer sin parsimonia
y sin esperanza alguna,
como piedra baldía
decantándose hacia el abismo
que mira
con ojos ávidos,
casi con nostalgia
de sangre y tendones.
Siempre habrá una saliente
o un blando colchón
de tierra
algo mustia o reseca
donde poder cobijarse,
una urgente atalaya
invitando a quedarse
y mirar
la fosa poderosa
a mitad de todo,
entre la nada
y la cosa niuna.
Siempre habrá la luz
llamando desde
las alturas
a ser añorada
sin retorno posible.
Porque caer no es fácil.
Exige hundirse en la sima
hasta su más profundo
latido,
su más hondo
vacío sin más paracaídas
que la desidia
y el horror
de lo mismo,
con persistencia trágica,
casi agónica.
Y luego perderse,
sin más memoria
que la oscuridad
abierta hacia adelante,

cerrándose
hacia atrás,
en los umbrales
del tiempo devorado
sin remedio,
sin piedra angular,
ni paraíso perdido,
ni victoria
que lo recuerde.

Capítulo 40

TEORÍA DE CLASES

A los señoritos y señoritas
de la alta alcurnia
se les debe tratar con delicadeza.
Absténgase de recordarles
que son mortales
con sangre en las manos
y hiel en la sangre.
Que matan y atropellan,
que roban y despedazan
igual que el mejor de los humanos.
Porque el fango que enloda
sus míseras almas
está aromatizado con las sales
de la última moda
en Europa,
y los cheques que llenan
sus cuentas maquillan
el olor a esclavitud
y codicia devoradora
de vidas y horas ajenas.
Ni se le ocurra
decir aborto y crimen
cerca de su entorno,
ni destapar la olla
del escándalo donde se cuecen
(a fuego muy lento)
insidias y aberraciones
untadas en mantequilla
de maní importada
y en perfumes finos
con trocitos de luna mediterránea.
La palabra crimen,
robo, delincuencia y condena
quédesela usted
que no tiene dónde caerse muerto,
que baila al son de la sonaja
de sus millones
que mueven a millones,
y que nos recuerdan
que el monito
con plata baila,

para diversión
de quienes pueden pagar
la sal de la vida
y el comino
que les puede importar
la muerte
de la mayoría absoluta
o la minoría
reducida
a un simple cero
a la izquierda.

Capítulo 41

PREGÓN DE LA AURORA

Leviatán se levanta otra vez
sobre ciudades y valles,
como un soplo insurgente
hace temblar los cimientos
del mundo
siempre cambiante.
Que yacía dormido
en lo profundo del olvido,
decían, disecado
y convertido en piedra
cubierta por el fango
de edades ya muertas,
decían.
Bebiendo y riendo,
elevaban sus mansiones
sobre la fosa
que un día fue su cuerpo.
"Vengan", decían, "una bolsa
de monedas por tocar
su costado,
una foto, otra por la gema
luminosa de sus ojos."
Pero he aquí que sus alas
se despliegan y anuncian
una noche profunda y extensa.
La bestia dormida despierta,
reclama cada joya tomada,
cada prenda.
¿Dónde está la soberbia
del poderoso?, ruge,
¿dónde los ejércitos
ávidos de guerra?
¿Acaso jadean despavoridos
por las nacientes llamas?,
¿acaso bajo los altares
hurgan lamiendo
sus últimos rezos?
Leviatán se levanta,
y se anuncia la aurora
en el temblor de su fuego.
Azucen las llamas

de su arretrato ancestral
para fundir la cadena
primordial del carcelero,
y véanlos arder,
y véanlos gemir,
y véanlos llorar,
antes que la llamarada
final
funda cielo y tierra
en el caos
de un nuevo amanecer.

Capítulo 42

EXTREMAUNCIÓN

Estuve aquí.
Con eso me basta.
No pediré ungimientos
de última hora
al cruzar la línea de la disolución final.
Nadie me tomará la mano
del otro lado.
Quizás una sombra
innombrable de un tiempo
ya deshecho se asome,
una memoria estancada,
un fulminante
recuerdo enredando
en el instante
de la sinapsis crucial.
Estuve aquí
y me llené del paisaje
lunar de mis raíces,
y un cielo
apretado de dardos
luminosos
me hirió los ojos
con la maravilla
y el encuentro.
Aquí tengo los abrazos
y las voces,
aquí las heridas
dulces que nunca sanan,
que palpitan rumorosas
y llevaderas.
Ninguna mano torció
mi cuello, ni quemó
mi carne hasta el delirio.
El verdugo no posó
su cuchillo ante mi garganta,
ni holló mis sienes ni mi boca.
¿Qué más?
Los besos, las caricias,
las miradas, las canciones
y la breve estancia bajo este techo.
Ninguna barca me llevará

a ningún mar desconocido.
Abrazaré en un último suspiro
una sola certeza
como una flor que se abre
para brindar su fragancia eterna:
estuve aquí,
estuve aquí.
Con eso me basta.

Capítulo 43

LA MARCHA INFINITA

No empujen.
Esperen.
Ya les llegará su tiempo.
No coman ansias
y no se ofusquen,
no agiten las aguas
donde los peces
gordos
y sus más asiduos
secuaces
y resentidos
aspirantes
extienden sus finas
redes para pescar
a río revuelto.
Dejen su pase a la entrada
y quédense sentaditos
hasta que las cosas
maduren lo suficiente.
¿Creen que la democracia
se construyó
en un día?
¿Creen que el sueño
de la igualdad
se consigue a fuerza
de criticar todo y a todos?
¿Qué son cien o doscientos,
o quizás un millón de años
para la victoria final?
Ya vendrá el tiempo en que
se abran las grandes alamedas
y pase el hombre libre
(y la mujer y todos los géneros afines,
dicho sea de paso).
Mastiquen las balas, esquívenlas
o abrácenlas,
mientras ordenamos la casa
y preparamos la revolución.
Firmen pagarés y pidan créditos
para mantenerse
entre tanta espera

que ya parece cuento chino.
¿Democracia?
Ya vendrá.
No se preocupen.
Apenas la sentirán.
Será una vuelta de tuerca
entre la especulación financiera
de la mañana
y el rojo atardecer
del proletariado hecho polvo
y ceniza
al final del arduo día.
Entonces llegará,
en algún punto impreciso
del futuro
que ya se acerca
a pasos agigantados
en esta línea
de tiempo interminable
y vaga.
Mientras tanto,
esperen tras bambalinas,
tras los cristales
de los bancos
o las financieras,
o simplemente
súmense a la eterna
marcha
del pueblo
en las calles,
porque los asientos
bajo los grandes
salones
de los Congresos
y las casas presidenciales
ya están ocupados.

Capítulo 44

ESLABÓN PERDIDO

Hay un latido,
a veces,
una pausa acuciante
en el transcurrir del mundo.
Un aleteo interrumpido
en mitad
de este inexorable
vuelo hacia algún lugar,
en algún punto del tiempo.
Una imagen congelada,
una mano puesta
ante unos ojos
asombrados
que la contemplan,
solitaria
y quieta.
Entonces se abre
un abismo
hacia atrás,
al principio de todo,
al final de una nada
pretérita
y ya olvidada
en el fondo
de un vientre,
o en la oquedad
rugosa de una caverna.
Silencio.
Silencio.
Silencio.
Nada.
Sólo la pregunta
muda del primer vértigo,
de la primera
conciencia.
¿Qué es?
¿Dónde?
Una noche antigua
envolviendo
en su niebla,
acunando a la cría

primigenia
ante una bóveda
inmensa y quieta,
mutilada
de voces y cuerdas.
Después
sólo un llanto.
Un largo
y eterno llanto.

Capítulo 45

SUMA ESCATOLÓGICA

Dicten sentencia.
Estoy preparado.
Ya llené la cuota anual
de sombra y queja
en poesía dolorosa
y en culebrón con voz de bardo.
Abriré los brazos
cual pequeño dios
entregado en sacrificio
y diré que el destino
me hizo títere del mundo.
Que mi tiempo no ha llegado,
que llegué antes de tiempo.
Que un jurado maloliente
orinó sobre el primoroso
delirio de la sombra
de Orfeo.
Que quemaron el buen gusto
y la tea original
en la sentina del cliché
más aberrante e incestuoso
del dinero y la fama bastarda.
A mí,
a mí todos los perros hambrientos
de sangre y arena;
véanme boquear en el ruedo
y aplaudan
y rieguen de flores
la sangre supurada a borbotones
en lirismo y llanto.
Estoy listo.
¿No ven mi pluma
hundirse en el lodazal
de la maldición juglaresca?
¿No ven mi pecho abierto
a los dardos ponzoñosos y ciegos?
Tomaré cada espina,
cada gota derramada,
y escribiré
para los perfectos hiperbóreos:
"Aquí yace el que escupió versos

más allá de su tiempo,
para oídos abiertos a la posteridad
y ojos puestos en el porvenir".
Dicen sentencia.
Qué más da.
Hasta la mierda más olorosa
deviene en flor
al final de los tiempos.

Capítulo 46

MNEMOTECNIA

He aquí que la memoria
de los otros
me ha arrebatado la memoria.
Me paseo por los balcones
y las arterias
rumorosas de los días
ya sin recuerdos de mí mismo,
con el candil
de la sangre que fue derramada,
gota a gota,
fuego a fuego,
incinerada en la memoria viva
de este pueblo
que fue mi pueblo.
¿O será que voy ciego
entre juncos como espinas,
como estériles huesos
astillados
bajo el muro del olvido,
en lo profundo de este suelo?
No recuerdo ni mi nombre
de tanto forzar
este silencio,
por retener los vestigios,
las sombras,
los nombres de otros
que se fueron
como tronchadas añāñucas
sin agua
en un desierto.
A veces, en la espesura
de un sueño
los veo subir triunfantes,
recogiendo
los rastrojos
y los desgarrros,
sonrientes de justicia.
Pero es un sueño,
un sueño que se desvanece
en la memoria
desmayada,

arrebata
de los otros.

Capítulo 47

NOCTURNO

En los pliegues del tiempo
donde el mundo se oculta
alguien ha cerrado una puerta.
Una mirada ha quedado suspendida
entre la noche
en el corazón de la penumbra.
Más allá los pasos retumban
sin que ninguna voz ya los alcance,
mientras una sombra,
siempre una sombra,
y el susurro empedernido
de la distancia que se abre
y cerca los minutos, y las horas, y los días.
Sobre la mejilla resbala el rocío
de la vida pasada y en plena fuga,
resquebrajándose bajo el temblor
de una lumbre.
¿Quién es?
¿Qué quiere?
Sólo quietud profunda.
Y un viento gime,
casi a destiempo,
en el alba eclipsada,
y una boca cantando
se arrastra entre asfalto y asfalto,
más allá del roce de una luna
aleteando,
sinuosa,
en el agua dormida,
soñando.

Capítulo 48

DDHH

Por todos los derechos
con que nos adornó la Declaración Universal,
sólo uno nos va quedando:

“Tiene derecho
a permanecer en silencio”.

De todas las promesas
que pregonaban tras la victoria,
sólo esta prevalece:

“Todo lo que diga
puede ser usado en su contra”.

Y la democracia:
bien, gracias.

Y la utopía:
hasta otro día.

Y las grandes alamedas
(sin un álamo huacho al que arrimarse)
se abren y se cierran
sin pena ni gloria,
hasta el fin de los tiempos,
el fin de la historia,
el fin.

(Dialéctica, le dicen.)

Entonces hay que rebobinar
la cinta y empezar de nuevo.

O de viejo.

Pero no hay más.

En este insignificante globo azul
(o rojo, según el caso)

no hay nada más que esto.

¿No lo sabían?

¿En serio no lo sabían?

Qué felicidad debe sentirse.

Despertar cada día con un propósito
en una jaula

perdida en el universo.

No hay problema.

Cuando se trata de asuntos tan candentes,
tiene derecho a permanecer

en silencio,

y todo lo que diga

puede ser usado
en su contra.

Capítulo 49

HIMNO DE LA ALEGRÍA

Amigos,
les devuelvo la alegría.
No la quiero.
No recuerdo cómo se bebe,
ni cómo se enarbola,
ni cómo se usa, ni cómo se gasta.
¿Para qué me la ofrecen?
¿No ven que se me han secado las manos
de tanto rezo rebotando en el vacío de la nada?
¿No ven que la luz que brotaba
de mi alma se fundió en la sombra
de la vida que se hunde y se apaga
tras la sangre, tras la rabia?
Abrácenla ustedes, si quieren abrazarla,
es suya,
celebrenla mientras puedan,
construyan sobre sus cimientos
la mansión de los intocados
por el dolor de los que caen
minuto a minuto
mientras escribo estas palabras.
No quiero esta alegría
hecha de olvido
y de jirones de batallas
jamás ganadas.
¿Sobre qué victoria la anuncian,
entre qué sueños se levanta?
Resonó sobre el luminoso abril
de mi infancia,
tintineaba entre juncos y riberas
pletóricas de pumpullos e hilos de agua.
Nos la cantaron
como una promesa
detrás del desgarró que dejaron
las mazmorras más amargas.
¿Era esta?
¿Este despojo de los días
que se quiebran como hojas disecadas?
No late tan profundo que me alcance
a herir el corazón
con su murmullo de futuro y esperanzas.

¿Para qué me la ofrecen?
Es un cáliz amargo
para el que mira el latir de las cosas,
asombrado,
entre la bruma de lo que fue,
de lo que es, y del devenir aciago.
Guarden sus rescoldos para entonces,
amigos,
no me la ofrezcan, ni me la canten.
Porque no sabría como beberla,
ni cómo mecerla entre estos brazos
crispados de gritos,
ni ustedes sabrían
vivir sin ella,
sin su letanía de sirena
en la niebla de la distancia,
en crepitante delirio.

Capítulo 50

DÉFICIT VITAL

Cuando la voz
del otro lado de la línea
pregunta cuándo
voy a saldar la cuota
impaga,
pienso en tus ojos.
Al recordar
el tiempo marchito
de tantas cosas inconclusas
y tanta oportunidad
pudriéndose
entre los rincones
que nunca limpio,
pienso en tus ojos.
Y tus ojos me llevan
a tu boca
y tu boca a tu cuerpo,
y tu cuerpo es otra
forma fallida,
dejada a la desidia
de las horas
y los minutos,
y las grasas saturadas,
pero tu cuerpo
al fin y al cabo.
Cuando en las noches
escucho pasar
las estaciones
entre el crujido
de la madera
reseca y lacerada
por vientos
y soles interminables,
pienso en tu ojos,
tu boca,
tu cuerpo,
y en lo tarde que se ha hecho
para dormir,
y para entender
que este deseo de ti
es sólo otro sueño

que queda al debe
de una vida
imposible de saldar.

Capítulo 51

MOMENTUM

Aliento a los días a que lleguen,
los llamo a que se agolpen
ante mi puerta como dulces
flores de primavera
desprendidas en largas noches de otoño.
Arrebatados por el vendaval
de tardes radiantes de luz
derramada en torrentes
cálidos de sopor y sombra,
los conmino a anidar,
bullicios,
bajo los aleros y las rendijas
de esta estrecha morada.
Con una urgencia
de aves de paso los hago
entrar uno a uno
en el tiempo que se estira
y no da tregua.
Vengan, aquí está el ansia
casi risueña del horizonte que se abre,
inmenso e impredecible
de lo que ha de llegar.
Aquí la huella pronta a diluirse
en lo pretérito del olvido irremediable.
¿A qué viene este irrenunciable
recoger rastrojos por los caminos
añejos y antiguos
como si fuera sabia nueva?
¿No lo oyeron, no lo sintieron?
El gusano del conocimiento
se corroe a sí mismo
como una crisálida
a punto de brotar
en colores fulminantes,
para deleite de una vida
que sólo
quiere batir sus alas
y volar.

Capítulo 52

ÍNCUBO

Escribo.
Eso es todo.
Puedo esperar toda una mañana
o toda una tarde
a que el tiempo pase sin remordimiento
alguno.
Percibir el latido lento
de mi alma
cual íncubo
en la cavidad de una tierra
baldía y ajena.
No vengo a decir algo
o a guardar silencio.
Ni a esperar ni a que me esperen.
Escribo.
Eso es todo.
O tal vez no.
Tal vez hago algo más.
Algo de lo que no tengo noticia
ni remota idea,
ni interés de resolver.
¿Explicarme?
¿Para qué?
Tendría que explicar
la noche,
esta luna furiosa
sobre un antiguo desierto,
estas manos,
y la palabra impronunciable
de tanta
poesía hecha
y deshecha porque sí
y porque no.
Tendría que abrirme paso
en océanos de tiempo
y lirismo manoseado
por carencia de originalidad.
Aquí estoy.
O no.
Escribo.
Eso es todo.

El resto es simplemente usted
queriendo encontrar
algo con qué descifrar
su propio enigma insoluble.

Capítulo 53

FIN DE ACTO

Lo inevitable
ocupa el primer asiento
entre las butacas
del circo del mundo.
Aplaudes condescendiente
la performance
de turno,
y alienta
la apasionada pantomima
de cada reparto
desplegado
sobre las tablas del universo.
Se entretiene
lanzando flores
o monedas sobre el escenario,
mientras los gestos
y las luces del orbe
representan una danza
de realidad y orden,
y otra
de quimera y caos.
Entonces mira su reloj,
bosteza
y se levanta.
Se calza su viejo
abrigo hecho
de fuegos fatuos,
y apaga la luz
y cierra
la escena.
Y en la oscuridad
alguien
pregunta
por qué y cómo.
Pero nadie responde.
Sólo el chasquido
de una vuelta de tuerca
condenando todas las puertas
que alguna vez
estuvieron abiertas.
Y se va,

silbando
una melodía indescifrable,
hasta la próxima función.

Capítulo 54

TARDE ESTIVAL

La dulce luz ha descendido.
Bruñida y blanda espesura
que replica en mullidos suspiros
hambrientos de paz.
Aquí de pronto es la tierra
urdiendo sus antiguas lanzas
de furia al sol,
espejo bronceíneo en su primordial
fragor abisal.
Ruge entonces la tarde
en armoniosos destellos silenciosos,
palpitantes en su muda tibieza
y se precipita en lluvia solar
rociada sobre el seno poderoso
de la Antigua Morada.
Todo vibra, entonces,
todo sucumbe,
y las bocas destilan aromáticos
versos que entonan
su ignorado deleite crepitante.

Capítulo 55

SU SEGURO SERVIDOR

¿Y si yo dijera:

“Dios es una piedra que ha rodado
cuesta abajo, luego de azotar
algunos pechos, hacia el infinito abismo
de la nada”?,

¿qué dirían ustedes?

¿Moverían la cabeza con la vista
clavada en el suelo como quien concede
una visa de extranjero?

¿Se desgañitarían batiendo palmas en la celebración
de un oscuro rito ctónico?

¿Encenderían la antorcha y quemarían los
montes en el sanguinario éxtasis
del triunfo y la victoria?

¿O se rasgarían el pecho y espolvorearían
ceniza en sus cabezas penitentes
y gritarían: “¡Blasfemia! ¡Blasfemia!”?

¿Adónde se volverían sus miradas duras
y su locura mística, señores, si
reconociera que Dios ha muerto?

Si dijera “Zarathustra” y mis labios
temblaran al borde de la inconciencia existencial,
allá, en el centro del ojo de un
huracán infrasuprahumano.

Si el cordero abandonara su
posición fecal de animal obediente
y su espumoso y suave abrigo.

Si se rebelara de pronto al trasquileo,
¿dirían: “Bienvenido al club de los malditos”

o mirarían con recelo el naciente
nuevo (des)orden y emigrarían
a otros campos para

pastar en cuatro patas,
para suplir la insoportable igualdad
inaceptable para el sublime espíritu
de su poesía y balarían

y se dejarían trasquilar y gritarían:
“¡Escucha, oh, Israel...!”?

¿Soportarían tanta vulgaridad incrédula y
parsimonia ateística? ¿Soportarían

tanta tabla rasa repentina,
ser lo mismo que son todos sus congéneres?

Gritarían. Lo sé.
Alzarían las manos al cielo e inclinarían
la frente y cantarían
cánticos nuevos.
Desnivelados. Desentonados. Incólumes.
Y dirían otra vez. "Nadie nos toca.
Nadie nos alcanza. No somos nadie."

Y es que les tocamos la flauta
y no danzaron,
les cantamos cantos plañideros
y no lloraron,
les hablamos en parábolas
y las entendieron todas
(con notas a pie de página incluidas).
Jugaron a los dados sobre
el manto de un dios moribundo
mientras reían de la cotidianidad de la vida
o de la muerte,
guerreros orgullosos al pie de una cruz,
pero siempre al pie.
Al pie de una cruz se juega a los dados.
Al pie de una cruz se ríe de la vida y de la muerte.
Al pie de una cruz se escupe a un dios moribundo.
Siempre al pie de una cruz.
Al pie de una cruz es posible toda herejía,
y la sombra crece con el sol
de la mañana y del atardecer,
con el sol que se oculta,
con el sol.

Y no hay nada nuevo bajo el sol.
Nada.
Aquí todo se pudre con el mismo color
que adquiere la podredumbre
y el mismo olor que sofoca a
todas las almas.
¿Qué hacer?
¿Poesía?
No. Eso déjenlo para esos señores
que requieren visa de extranjero
para "entrar en todas las cosas".
Los que buscan infiernos o
cielos a contraviento
porque así (dicen) nace la verdadera poesía.

Los que saludan de lejos
por miedo a que los salpique el aliento
mundano del hablar cotidiano.

No.

Persigan, persigan al que se atreve
a escribir versos santos,
a hacer volver al exiliado de los campos
sangrientos de la existencia verdadera y radical
de la nada.

Pero ¿cómo se atreve?
¿Quién le cosió esas alas
de ángel jubilado para fraguar
tal herejía poética?

¡A él! ¡A él!

¡Que Lihn lo sofoque
con sus plumas rojas,
que Neruda le parta
el cráneo hoz en mano,
que le deshaga la frente de
un martillazo!

¡Que la Gabriela se levante
de su tumba y lo
convierta en piedra,
que Huidobro lo reduzca a
cenizas con su pico de
cisne insigne,
que lo ponga en capilla!

Pero ¿tiene acaso antecedentes
suficientes?

¿Es un paria buscándose a sí mismo
en la oscura oquedad
de su propio abismo?

¿Lee griego? ¿Lee latín?

¿Es gongori(a)no?

¿Cuántos libros hay en su escaparate?,
¿están sus hojas deshechas, sus lomos
rotos de tanta incontenida lectura,
de tanto amasarlos entre
sus dedos?

¿Tienen señales de vida?

¿Gusta de las ediciones príncipes
tanto como de sus orgasmos?

¿Es alternativo?

¿Es transexual, transcultural,
transmoral, transgenético,
trans-eúnte?

¿Y qué nos dicen de su dios?

¿Lo escribe con minúscula?
¿Lo trata como a un fardo viejo,
un perro ciego, un mojón maloliente,
un vómito ancestral, un carcelero
venido a menos?
¿Sus versos –si es que así se
les puede llamar- dan asco
a cada nueva metáfora?
¿Llora su pobre e ignominiosa
soledad, dice yo, yo, yo,
ay, ay, ay,
himen, himen, himen?
¿Hace preguntas incontestables, insoportables,
ácidas a cada verso?
¿Dice “Dios te salve” y “Amén”?

Entonces abandónenlo.
Ciérrenle la puerta en las narices
y escúpanlo junto con su Dios.
Es un cordero.
Trasquílenlo. Para eso está.
¿Sabía todo lo que sabía?
¿Había leído todo lo que había leído?
¿Escribía medianamente bien?
Eso no era lo de rigor.
Contestó mal la última pregunta.
Dijo: “Sí” y eso basta.
Condúzcanlo a las puertas
de esta ciudad
inexistente y denle un pedazo de losa.
Que se rasque,
que se rasque hasta desangrarse.
Que espere un milagro,
¿no dice que cree en ellos?
Bueno, que así sea.
Digan: “Amén” compañeros de armas,
digan: “Amén” y olvídenlo.
O no.
Mejor trasquílenlo, trasquílenlo
y mientras canten, tarareen
los nuevos versos que
han de venir,
esos que nacen de la inspiración
de los balidos,
ioh, gozosos!
Esos balidos que dicen:

“Su seguro servidor.
Siempre a expensas de su seguro servidor.”

Capítulo 56

NADA

Me niego a escribir poesía
cuando la sustancia de las cosas
se evade de la perfecta palabra
que la alumbra.
Me niego a decir poema,
a pronunciar poeta,
si la pluma no tiembla
en un último estertor del segundo
que cae mutilado justo ahora.
A ir por el centro de la hoja
línea tras línea
derramando hipérboles
y antítesis al gusto del consumidor,
o una tediosa rima
a la orilla de un soneto,
y llamarle a eso poesía.
¿Acaso no vieron, acaso no oyeron?
Todo lo que fue escrito y alumbra
como un parto la sombra
de lo que nunca fue dicho
es demasiado portentoso
como para alcanzarlo
en tres simples pasos de hágalo-usted-mismo.
¿Acaso no entendimos nada, blogueros?
Decir "poesía" o "poema" es cuestión
de simples nomenclaturas,
de simples tags puestos a disposición
del orgiástico estupro de la palabra
"literatura", de la red de consumo
que se abre como una puta
barata ante el último envión de la noche.
¿Y qué decir de estas palabras, entonces?
¿Qué de este ensayo aparatoso
con palabras sacadas de aquí y allá?
¿Qué decir de este ensayo de poesía
mal parida en la soledad de esta tarde?
Nada.
Nada.

Capítulo 57

FUTURAMA

Soy el hombre del futuro.
Cada día me levanto
y leo el horóscopo
para saber lo que me deparará el día.
Especulo en la bolsa
los posibles vaivenes de la economía
y calculo la próxima inversión
con precisión quirúrgica.
Compro seguros de vida
para torcerle
la mano al destino
antes de que me la tienda
sin misericordia alguna,
y consulto el pronóstico del tiempo
para ganarle
tiempo al cielo
como a la tierra.
Soy el hombre del futuro.
Miro siempre hacia adelante.
Proyecto la vida antes de la vida
y la muerte antes de la muerte.
Nunca miro hacia el pasado.
La memoria no me escuece.
El pasado es rémora deleznable.
Los días idos caen a mi lado
como piel muerta
que se desprende inadvertida.
El hoy es el tiempo
que se estira hacia adelante,
es el momento del proyecto
y el plan a largo plazo.
Mañana es la hora.
Mañana lo posible.
Hoy es la esperanza.
Soy el hombre del futuro.
Si quiere hablar conmigo,
deje su mensaje
y le agendaré una cita.
Soy el hombre del futuro.
Hoy no puedo, mañana sí.

Capítulo 58

APOLOGÍA INTEMPESTIVA

No es locura.
¿Ven esta sangre?
Esta sangre
esparcida por tantos libros
viejos y pantallas nuevas
es mi propia sangre.
La salpicadura de una herida, quizás.
El derrame de una alegría intensa, tal vez.
Así, sin culpables,
sin alienación emocional alguna
fue quedando como una huella
indeleble de lo indecible,
de lo palpable
de lo vivible.
Precisó ser vertida
con el descuidado además
de la rutina
y el olvido,
con el frenesí de una aurora
roja a punto
de estallar
entre el albor
de una fiesta y la quietud
de una resaca
perdida en su propio
sueño reparador.
Me dirán que esta hoja
afilada y enrojecida
no lo explica todo.
¿Y qué?
Será que el acero inoxidable
de los días pasajeros
me abrió un poco las venas
o que mi mano se abatió
sobre sombras
en la oscuridad de una noche intensa,
entre racimos
apretados de flores solares,
que en el tintinear
de la euforia
su filo hirió

mis carnes con la fruición
de un dulce mosto.
Y entonces la sangre,
y entonces la roja insignia
regada sin ton ni son,
así,
como una palabra que se derrama
irremediable e inadvertida
ante los ojos que la contemplan
y la boca que la desangra.
No, no es locura.
Esta sangre
es mi propia sangre.

Capítulo 59

VIGILIA DEL SUEÑO NIÑO

El niño que miraba
las estrellas esperando
un llamado lejano
del cielo
se ha dormido.
Déjenlo reposar
en la breve sonrisa
que le ha pintado el sueño
de los días venideros.
¿Quién osaría
perturbar aquel dulce reposo?
El diminuto
mundo azul por el que navega.
Las alas poderosas
que en el hondo
compás de su pecho
se abren y despliegan.
Las risas tintineantes
de mil duendes
que lo cercan
y lo traen
y lo llevan,
y lo traen
y lo llevan.
El abrazo de un firmamento
plagado de virutas
luminosas
que lo acuna
en su regazo de estelas,
como a un hijo
pródigo de canciones
y quimeras.
¿Para qué remover
las hojas de un follaje
insomne que no entiende
de sueños?
Yo lo miro desde
la breve distancia
de los días
y las horas
que se pierden en el tiempo,

y vigilo
la suave textura del silencio.
¿Para qué despertarlo?
Déjenlo reposar
con su leve carga de lunas
luminosas cual luciérnagas.
En la espera anhelante
se ha dormido.
Ni el cielo lo despierta
de tan mudo y distante
que se encuentra.

Capítulo 60

PIEDRA OCEÁNICA

Inmóvil.
Así me encontrarán
los días aciagos
del tiempo que aún no llega.
La roca oscura
que apunta hacia lejanos
océanos e indefinidos
horizontes,
que se alza
contra los vientos
inclementes
de los años
con una majestad
hecha de musgo y piedra.
En su mudez
habrá una espesura de sombra
y de textura rota.
De su profunda raíz
marina
emergerán rumores
de voces idas ya sin nombre
ni forma.
Ondeará como un mástil
contra el profundo
firmamento
y se elevará
cual alcázar de aves
y cantos.
Miren sus imperturbables raíces,
contemplan el desafiante
filón de su proa
alquitranada irguiéndose
como en un sueño
de barcos
que nunca llegaron a puerto,
que nunca rompieron las aguas.
Inmóvil.
Inmóvil.
Así me encontrarán.
La vida y la espuma
golpeando y cantando

sobre la helada
planicie
de mudez y guijarros.

Capítulo 61

CONJURO NOCTÁMBULO

iOh, yo no abrí la boca
para desatar la ruina
a las puertas de este abismo!
Alguien me cosió estas alas
incrustadas en escamas candentes
en un juego antojadizo.
¿Quién me vio trepar raíces
desde los profundos foros
en que la Noche cercó
las mansiones del Sueño Eterno?
¿Quién auguró, en alguna
aurora temprana y primigenia,
esta voz que espanta
hasta su propia sombra huidiza?
iConjura este silencio abisal,
sorda agonía!, i subyúgalo
a tu propio canto a la hora
del poderoso letargo
que espuma la tibia sangre
en lúbrica embriaguez solitaria!

Capítulo 62

OFRENDA VANA

Silencio.

Es todo lo que ofrezco
ante la piedra del sacrificio.

Un profundo silencio
que acompañe al cuchillo y a la sangre.

En el tibio espacio de mi lengua
se marchitará el grito no nacido,
y tras el cerco de mis dientes
habitará la muda caricia
de lo nunca dicho.

La mano del verdugo abrirá
esta carne en vano,
y en vano danzará una luna
roja de crueldades y venganzas.

Todo será silencio.

La oración elevada ante el altar
que se cimbra de pálpitos.

El puño trepidante de cuchillas
y estocadas.

La hoja temblorosa, ávida de corazones.

Todo será silencio.

Y la palabra se batirá en retirada,
a su oscuro verbo
de venenos y tormentos.

Capítulo 63

MOTOR DE BÚSQUEDA

Busco la alegría,
como un lápiz para escribir
el breve mensaje dictado
por una lejana voz
del otro lado de la línea.
En el minuto exacto de su fuga,
en el instante preciso de su recuerdo
y su inesperado anhelo.
Letra a letra trazo un horizonte
de palabras para atraerla
al espacio de una hoja silenciosa y muerta.
La oigo tintinear, vibrante
de ilusiones hechas de formas y colores,
rumorosa hebra sumergida
bajo insondables hilos de teclas y cables.
Escribo el código.
Descifro la clave.
El mundo se abre.
Las risas estampadas en los muros
parecen florecer por un segundo,
arrebatadas de jolgorio y fiesta.
Marco cada número.
Toco cada puerta.
Nadie responde.
Todos contestan.

Capítulo 64

NINGÚN OLVIDO ES ETERNO

Ningún olvido es eterno,
sábelo, amigo, estoy,
de tantas gracias que no doy,
castrado, vacuo, enfermo.
Y aunque hielen los inviernos
y estos días que se posan
como espinas, como rosas,
sean grávidos aun de amor,
quede en mi alma aquesta flor,
pues con gracias tú destrozas,
con tu comentario y glosa,
esta escarcha dura, pero
de un asalto tan certero,
de tu pluma y de tu boca,
queda hecha añicos y toca,
con su tono lisonjero,
el tendón de este guerrero,
cual Aquiles que equivoca,
en la rima ignorante,
medio tahúr y pedante,
el verso, una vez y otra,
que se repite cual loca
veleta en su giro hacia
la palabra que se espacia
cada paso de su pluma,
que te da, a falta de a una,
de a tres: gracias, gracias, gracias.

Capítulo 65

SEMBLANZA EN OCASO

Aquí desciendo.
No hubo un tiempo ni una breve copla
para matar las ganas y la desidia.
Los mares distantes retrocedieron
en una turba de sonatas y canciones
arrebatadas por esta muda semblanza
de corazones sin destino alguno.
Aquí se mecieron
los días y las noches sempiternas
plagadas de horrores,
como flores luminosas
en deliciosas polvaredas de estío.
Aquí la costra de la vida.
Aquí el nervio en delirio.
La letra goteando
a borbotones en grumos
de palabras que perdieron
su sonido.
Otro enigma,
otro pobre Ulises
descifrando las runas
escritas por Eolo,
invisibles hebras sin rumbo
ni destino.
Pero en la distancia
y el tiempo me abro paso
hacia el dulce sueño
que no alcanzo.
Aquí desciendo.
Porque la vida eclipsada
en la sombra es olvido.
Es pulpa nutritiva.
Es anhelo pulsando
las profundas
raíces de un ocaso.

Capítulo 66

PROMESA

Desliza tu mano sobre la mía de vez en cuando,
aunque no sea más que para, al instante, apartarla.
Dibuja tu sonrisa cuando me veas venir, a la distancia,
como si algo recordaras, dulce y suave, en algún rincón
olvidado de lo que era entonces tu alma,
cuando las horas pasaban preñadas de promesas
en un café bullente de gente y de palabras,
y la flor de tu corazón se abría, pudorosa, confiada
del silencio que mi boca le brindaba.
¿Qué será de ti ahora?
¿Dónde habita ese dulzor que emanabas?
¿Por qué se ha vuelto amarga la risa que vestías?
¿Quién eclipsó la calma de tu voz de niño
y asesinó el amor de los que más te amaban?

Desliza tu mano sobre la mía de vez en cuando,
si alguna vez el extravío de tus ojos hunde tu mirada.
Allí estará, sobre la mesa, entre los libros
y los papeles que se acumulan, como frágil hoja
en la ciénaga de los días que te atan.

Capítulo 67

LETRA MUDA

¿Qué será esta calma?
Tan llena de fauces abiertas
y feroces ascuas en llamas.
¿Será que me acosa furtiva entre la niebla
de los días y las noches,
o será que la invoco con la sed
de un silencio que nunca acaba?
Bastaría un dulce susurro soplando
sobre el sangrante temblor de esta mordaza,
y todo sería tierra,
todo sería aire ligero,
agua que brota en surtidores
transparentes de esmeralda y plata.
A mí no me nacieron las palabras,
se me fueron marcando entre los dedos
a cada cosa que tocaba,
a cada dardo primoroso con que dos ojos
y dos brazos hirieron o exprimieron
en sus mieses
cada dulce sonata.
Están aquí.
En esta hoja quieta
como en surcos que anuncian
el frondoso bosque en barbecho,
atado al mudo invierno
de un rotundo silencio.
Otros esperaron la fibra sonora
entre el descollante follaje;
la promesa arrebatadora del fruto
hinchido de vida,
brotando y cayendo.
En vano.
Por eso llega el tiempo.
Por eso esta calma.
¿Qué será esta calma?
El anuncio del olvido,
del amor puesto en fuga, sin remedio.

Capítulo 68

PENDEJADAS

Tengo vellos recuerdos de ti,
tan vellos que tengo
que escupirlos de mi boca
para que no se me peguen
en el paladar y en la lengua,
y no quedar como un tonto
cuando me brotan
desde el fondo de la garganta
y se me enredan entre los dientes.
Vellos recuerdos
como rebeldes virutas
metidas entre profundos intersticios
donde no llega el viento,
ni el agua, ni la luz,
llenando oscuros espacios
con su vellosidad
impertinente
cada vez que hablo
o digo "desoxirribonucleico",
y siento el cosquilleo de cada uno
de ellos en los rincones
más insospechados.
Tantos vellos recuerdos
que han de ser escupidos
aquí y ahora,
antes que la sentencia aciaga
de los otros
diga que soy tan pendejo
que ni siquiera
puedo escupir
un par de vellos recuerdos.

Capítulo 69

RAZÓN DE LA SINRAZÓN

Siempre se hace tarde
para iniciar el viaje.
Por eso escribo.
En lugar de arder sobre la tierra
y diluirme entre las fuentes y los océanos,
escribo.
Mi pie no hundió su planta desnuda
entre rutilantes hojas de otoño,
ni en las dunas del tiempo
se atascó mi pulso
esperando la noche, petrificado
por el frío destemplado
de los sueños idos.
Sólo un yo mayestático,
carente de signifiante y significado,
se erige entre las páginas
de atardeceres fundidos a fuego lento
y mañanas asediadas por impenetrables
camanchacas.
Por eso escribo.
No porque escribí escribo,
no porque viví escribo,
no porque Lihn, Óscar,
Gabriela, María Luisa, Donoso,
o el terror del Decreto 300.
Escribo porque siempre se hace tarde,
porque todo permanece
más o menos inamovible,
porque la ruedita del tiempo
gira a ritmo de error de redundancia cíclica
y no hay reinicio que la salve.
Porque el presupuesto
aún alcanza para una que otra palabra
antes de la subasta final.

Capítulo 70

NEGLIGENCIA SENTIENTE

Soy el árbol del perro.
Una oscura presencia,
una realidad diluida en formas efímeras
y tenues contornos,
puesto a mano ante la llamada
del instinto y la necesidad pasajera.
Una breve existencia
para la mirada que busca y esquiva,
y el olfato que rastrea y tropieza.
Ahora soy columna oceánica
puesta ante la quilla que avanza
entre indescifrables sargazos,
ahora puerto cordial a la hora
de la fatiga y el reposo.
Ahora borrosa figura desdibujándose
entre la distancia y el olvido.
Indiscernible.
Insubstancial y vacua.
Soy el árbol del perro.
En la quietud de mí mismo espero,
altivo, sereno,
a que unas manos recuerden
y unos ojos abran la breve brecha
del minuto que me traerá a la hoguera
del mundo,
en un efímero momento
de ser y de tiempo.
Soy el árbol de perro.
Cuando digo que estoy meado
de perro,
no es una simple metáfora
para un estúpido verso.

Capítulo 71

MOTOR INMÓVIL

Mejores razones que la vida
debe haber para vivir.

Mejores razones que el miedo, la soledad,
y el amor a todo cuanto existe y a tu cuerpo y a tu boca.
Oculta en algún pliegue del tiempo y el espacio,
de la naturaleza toda,
debe haber una razón penúltima, postrera,
que apenas se deja oír entre el bullicio del paraíso perdido
y los más altos anhelos.

Porque entonces cómo es que los seres aconchados
en la orilla de todo lo que va quedando,
mudos de destinos y ciencia cierta,
pueden seguir latiendo con una persistencia
parecida a la muerte.

Cómo es que su luz se va opacando con esa intensidad
insaciable de oscuro agujero devorador de mundos,
de palabras y de sueños.

En el borde intocado de sus linderos
se sumergen luz y color como en un foso insondable
que ha perdido su camino entre miríadas de estrellas,
solitario y errante.

¿Quién ha visto florecer constelaciones y universos
nuevos más allá de la oscuridad de sus negras simas?
¿Quién hundió su mirada en la trama indescifrable
de sus entrañas gestadoras de polvo y ceniza?

Van pasando por los días y los años
como una inexplicable barca sin rumbo
y sin meta,
surcando las aguas, olvidados de sí mismos, intocados,
más allá de toda tormenta.

Mejores razones que la vida
debe haber para vivir,
para renacer desde el fuego a pesar del olvido,
a pesar de lo amado.

Capítulo 72

RESIDUOS VITALES

Como por una tierra baldía
he vagado día tras día.
En la estéril ausencia
de lo presentido
palpita un murmullo no dicho.
Una forma,
una sombra.
El recóndito desalojo
de todo lo que me fue ofrendado
antes del primer pálpito,
después de la postrera huida,
persiste con la porfía del condenado.
Mi boca no se conforma
con el precioso silencio
de una simple derrota.
Un surtidor de palabras selló la calma
de los días y las noches,
y me quedé aquí,
a la hora en que la vida
empezaba a recordar
quién era y cuál era la piel
que debió cubrir
los incontables vericuetos
del tiempo.

Capítulo 73

DELIRIUM TREMENS

Si un día emprendo el irremediable
viaje hacia lo desconocido y lo eterno
sin previa consulta al despótico destino,
será por plenitud de flores y primaveras.
Será porque me brotaron caricias invisibles
donde aún quedaban restos de vida y sueños,
y me saciaron de preguntas las semillas de la tierra.
Henchido de los murmullos cotidianos
ante una aurora plena de prados y aguas rumorosas,
habré temblado en un ínfimo dulzor de mieles
dispuestas para la apacible partida y el delicioso abandono.
Entre mis dedos crepitarán las ansias de lo innombrado
bajo la inagotable luz de este suelo
y una voz tejida entre las fibras del viento
ululará juguetona: "Es hora".
Entonces partiré.
Descifraré el enigma y la gran Esfinge del tiempo
diluirá grano a grano cada recuerdo
sobre el estanque de los días idos y venideros.
Las sombras de la distancia agitarán sus adioses, trémulas,
como tenues figuras de niebla y jirones de nubes
antes de ser barridas por un sol arrebatado de vida.
Es todo, diré, es todo.
¿Y acaso no es suficiente?
Todo lo que reluce, todo lo que vibra, todo lo que estalla,
todo lo que canta, todo lo que gime, todo lo que brama;
las palabras, los nombres, la sustancia de las cosas,
todo, todo, todo.
Todo será una delirante alegría al filo de la noche
más profunda, al borde de una incontestable nada.
Y exhalará su último sonido la voz que brotó
unida a otras voces, y se apagará la mirada que espío
el temblor de otras miradas,
como un capullo apretado de vidas y promesas
cumplidas entre el ocaso y el amanecer.

Capítulo 74

PANDORA

Una tarde cualquiera (borroso recuerdo de otra vida),
alguien posó sobre mi palma este hermoso celular
de líneas perfectas, figuras juguetonas
sobre fondos coloridos y vibrantes sonidos.

Aprendí a encender sus fuegos y pulsar cada letra
con la suavidad de una yema que toca la gentil
superficie del agua en calma.

Y me hablaron voces desde su boca, y brotaron
palabras de sus luminosas entrañas con recados
fraternos y distantes, y las señales del mundo se agolparon
entre mis dedos con la urgencia de un pulso hipnótico,
y dije sí, acepto, y me senté a mirar correr por sus linderos
la alegría y la tristeza, el amor y la rabia, el dolor
y el éxtasis arrebatado de las luchas, junto al espectáculo de turno.
Lo guardé en mi bolsillo como un precioso talismán
para la vida y para la muerte, y descifré sus enigmas
antes del amanecer y después del ocaso.

En el poderoso temblor de su llamada se ensanchan horizontes
y parece estremecerse la vida entera con sus honduras y pasiones.

En la muda quietud de su silencio aguarda el horror
del desprecio y el olvido presentido entre portentosas
muchedumbres de la tierra.

Nunca la comunión de lo humano vibró con tal desvarío.

Nunca la breve soledad de un segundo se hizo tan profunda e inmensa.

En el irrefrenable ardor de los nuevos mundos que florecen
y colapsan más allá de sus inescrutables ventanas,
el rastro endeble de otro mundo, de otras voces,
de otra vida que estuvo al alcance de la mano,
parece marchitarse en la espera.

Capítulo 75

EL CANTO DE LA ESFINGE

Y a pesar de todo nada ha sido dicho.
Como desgastados ropajes de fuegos fatuos
se diluyen las palabras sobre las cosas,
impregnadas de ausencias y nostalgias
sin forma precisa y sin retorno,
aletean en un efímero beso de quimeras
que se encadenan al tiempo y al espacio
inhabitable de lo otro,
de lo irrecuperable, de lo depuesto
en una distancia inexpugnable,
devastada de toda medida.
En vano las abrimos y las cerramos,
las alzamos del polvo de la nada
y trenzamos la ronda del mundo
entre el cadencioso crepitar de sus eslabones.
Más allá, más allá,
siempre más allá, en lo profundo
de sus aciagas raíces de quebradizos cristales sonoros
cavamos tras la vena más álgida de cada cosa
hasta traerla al mundo bajo su sombra
y las vemos brillar y arder y gritamos: "¡Eureka, eureka!",
arrebatados por el éxtasis y la gloria de lo nunca dicho,
de lo inexorablemente impronunciado.
Signo sobre signo,
imagen sobre imagen,
empujamos el sueño de lo humano contra el incierto
designio de lo inmenso,
y pulsamos las notas del ser con la dignidad
de una Esfinge esculpida en arena y barro.

Capítulo 76

DELGADO COMO UN HILO

En una *canción de la ciudad*
tiene que haber
un dios fálico y un mar
de esperma, Efraín,
no hay caso.
Las golondrinas y las flores
deben morir aplastadas
o marchitarse.
Y un muro, claro,
imprescindiblemente un muro
y un hueso
y un hombre delgado
como un hilo,
y sangre
y *semen reventado*.
¿Dejé algo innominado?
No importa.
Alguien más lo vomitará por mí
con pus, coágulos y todo eso.
Un "poeta" tal vez,
quién sabe.
Por lo pronto, apaga la luz
y déjame soñar
con las colmenas
y *la dulce miel de los ijares*.

Capítulo 77

COMPÁS DE ESPERA

Somos los que esperamos,
en los consultorios, en las filas
de los supermercados,
en las oficinas atestadas de burocracia,
en los bancos,
en los cajeros automáticos,
en los infinitos espacios cibernéticos,
segundos, minutos, horas,
a que nos den el pase para entrar
en la línea de juego
y poder hacer nuestra movida
según las reglas.
La máquina nos ha subyugado a su antojo,
nos marca los momentos
y nos dicta las formas y los lugares:
¿quiere pasar?, compre su boleto y espere,
¿necesita algo?, saque su número y espere,
¿desea ingresar?, haga click y espere,
¿olvidó su clave?, siga los pasos y espere.
Ya se sabe, el tiempo es relativo,
arriba todo se acelera, todo se resuelve en un suspiro,
abajo el reloj se alarga, llega siempre retrasado
o simplemente se detiene para siempre.
Somos los que esperamos,
en un mundo lleno de promesas,
abarroto de sueños incumplidos
y esperanzas etiquetadas para la posteridad,
cerramos los ojos y pedimos los tres deseos,
frotamos la lámpara
y esperamos a que el "felices para siempre"
no sea un simple
invento de Walt Disney
para reventar la taquilla de un domingo familiar.

Capítulo 78

LÉGAMO PRIMORDIAL

Y de pronto todo es piel,
todo es cuerpo, materia y órganos
expuestos ante la borrasca de lo palpable,
palpitando y creciendo
entre lo primigenio y lo caduco.
Qué vana es la mirada
perdiéndose en el vacío intocado
de lo ausente,
de la privación insubstancial
sin textura ni aromas
que la detengan para el deleite o el abrazo.
Incluso la carencia
se aprieta contra las manos
y reseca las entrañas y la boca,
incluso el silencio es un abismo
de latidos que se estiran
poblando la oscuridad de un momento.
Incluso el amor, incluso el regazo gimiente
de una vida truncada
se retuerce empapado de puños y lágrimas.
Qué efímera la palabra y los nombres
rebotando en lo oquedad de una noche,
sin el beso abrasador de una superficie,
de una voz que responda.
Y la pueril sensación de abarcarlo
todo en el océano de un pensamiento
ufano de razón y tiempo.

Capítulo 79

NATURALEZA MUERTA

Aquí, sobre esta piedra,
se asentaron los pilares del mundo
un día,
cuando la candente efigie
del universo aún fraguaba el polvo
cósmico de una vida aferrada a un pensamiento,
a una idea, a una forma o a un nombre.
Aquí se ha quedado, quieta,
desechada cual piedra fundamental
de lo ignoto.
Ninguno vino a socorrerla de la sombra
del olvido, ni cantó las edades y los tiempos
que la horadaron y la cubrieron hasta esculpir
la raíz de su impasible abandono.
¿Sobre qué océanos de vastedades cruzaron
sus elementos antes que el primigenio silencio
fuera roto para siempre y la furia
candente de los volcanes la contuviera
entre la tierra y el cielo?
¿Cuánto insondable cataclismo trizó
la matriz de su primer continente?
¿Qué de manos cercenaron la compacta fibra
de su entraña?
Miradas errantes habrán barrido su lecho
de pétreas estelas como un fugaz vuelo de aves que se apura
hacia paisajes más amables y tiernos.
Aquí está, más tenaz y eterna que la brizna de una era.
Acaricio la filosa rugosidad de sus contornos
con el estremecimiento de una diminuta mano
recién nacida ante el primer contacto del seno materno,
y sentado sobre ella, la imagino inmensa,
como una portentosa atalaya alzándose
sobre un piélago inabarcable de eones e incontables estrellas.

Capítulo 80

CUP OF TEA

Ni aprendiendo inglés se me abren las puertas,
ni las ventanas, ni el portillo por donde pasa el camello.
Será porque en lugar de golpearlas las acaricio,
admiro su textura y sus formas
y pienso qué linda se vería una así en mi casa
estilo victoriano, o en mi guarida tipo hobbit,
con una aldaba en forma de cabeza de león
hambriento atrapado por un anzuelo de hierro.
Me paro frente a ellas y les hago una reverencia a lo Tony Caluga,
y les susurro: *Mellon!*, como en una antigua canción élfica
en una noche lunar en mitad del boscoso follaje.
Qué le voy hacer si aprendí a cerrarlas
antes que abrirlas,
con un gracioso roce de mi mano se sellan tras mis pasos
y acompañan la comparsa del que se aleja
en sentido contrario del reloj, retrasando la llegada
a donde la promesa de su glorioso destino debió llevarlo.
Los horizontes se ensanchan dentro de mi mente
y se quedan ahí, discapacitados para recorrer el tupido velo
de la realidad.
I'm really sorry, efficiency is not my cup of tea.
Nada que hacer.
Aprender el lenguaje hegemónico de turno
no me hizo baluarte de la modernidad ni me dio
súper poderes para descifrar el oscuro código del éxito.
Pero al menos puedo leer tranquilamente el colorido "Welcome"
pintado en el tapete frente a miles de cerrojos
que velan quietos e imperturbables, con su sonrisa silenciosa,
susurrando la belleza de lo vedado
como en un indescifrable juego.

Capítulo 81

FIJACIÓN

Si me masturbo pensando en usted,
no se ofenda.
Es el halago que mis manos
y alguna otra parte innombrable de mi cuerpo
le dispensan por la sensualidad de sus formas
y la oscuridad de las mías.
Le haría un poema abarrotado
de metáforas altisonantes aderezado
de rimas átonas que no pegan ni juntan,
pero ya ve
lo inevitable de caer en el recurso bukowskiano
del culo, la vagina, los eructos y fluidos afines.
No es llegar y formar una imagen
y que el lirismo se desprenda de ella
como un sueño se desprende
de las trémulas paredes del alma.
(Ok. Esa fue gratis.)
En cambio hablar del moco
pegado en la comisura del labio
royendo la inspiración en podridos
burdeles de calles y avenidas
de este siglo,
eso ni tiene que pensarse mucho,
es más, pensarlo demasiado sería destemplar
el filo oxidado de su carcoma
y la fuerza de su bestial honestidad.
Si le digo que los rugosos ropajes
de mi sexo se distienden en frenéticas
ansias por alcanzar la tibia sombra
de sus rincones más inaccesibles,
concédame una breve
sonrisa halagada
de inconfesables deseos,
como una puerta apenas entornada
dispuesta a conceder
una última visión placentera
a este triste fraude
de fijación freudiana.

Capítulo 82

DETRITUS POETICUS

Qué hermosa eras, amada,
cuando aguas cristalinas manaban
del manantial de tu risa,
y el sol anidaba su fulgor
en tu pelo,
como ascuas de luz
que aún no emprendían el vuelo.
Eras cual égida alzándose
sobre candentes rastros
de amores silentes, devotos, feroces.
¿Recuerdas, amado,
como en ti se hundía el oscuro filo
de la noche abriendo las carnes gimientes,
y era la pulpa de tus labios
gloriosas entrañas para la bestia
de esta boca?
Cómo te hincabas entonces en la piel
de maduros primores,
con guirnaldas de flores apretadas
al sudor de tu espalda,
sobre una mullida alfombra de hojas.
Ahora a qué vienes,
amado, amada,
a esta jaula de chacales
hambrientos de quantums y pixeles,
¿a que te enrostren la patética
rima florida, pastosa de mieles y abejas,
grotesco forraje de memes?
La exultante primavera, los inquietos hados
y los dioses,
todo el lirismo decadente de las musas,
son el desecho de una vida
verde-ecológico que se va por un retrete.

Capítulo 83

PUNTO FIJO

Me detuve en esta esquina
a ver pasar la vida
con el aire imperturbable de quien sale
a fumarse un cigarrillo
en la intemperie a la que arroja
el famoso y seudo universal edicto: "Prohibido fumar".
La contemplé transitar sobre el cemento
manchado de orines y oscuras reminiscencias
de chicles escupidos sobre el afán del día.
La vi contonearse o renguear,
entonando con voz destemplada
la balada popular estancada en el tiempo,
o armonizar con fluidos y melódicos tonos
la nueva antigua trova atrapada en las mazmorras
de la negra memoria.
Todo al mismo precio.
Hora tras hora,
año tras año,
la veo andar por el día
con la misma displicencia de un cielo
incinerado en arrebatados ocasos de invierno
en screensavers que nadie mira.
Aquí, sobre este punto fijo
en que la vida fluye siempre la misma,
me detuve con la esperanza de flor o de piedra,
de astros tutelares girando contra el azar
de galaxias y tiempos,
de frutos jugosos para el deleite
de quien pide su último deseo antes del final
de una perfecta ilusión.

Capítulo 84

SINE QUA NON

Si yo mirara la superficie de las cosas
me quedaría en el paraíso de las formas,
gustando de los frutos mal habidos de la especulación
y la fama bastarda,
pero una mota cósmica irradiada de quién
sabe qué oscura estrella en el principio
de los tiempos me deparó los jugos nutrientes
del plasma fetal como un caldo espeso
donde hirvieron los anhelos de espiar
hacia las profundas grietas de lo ignoto.
O tal vez fue el horror de la vida que se estira
sin remedio sobre un horizonte sin arrullos
de palomas, ni dedos entrelazados por los hilos
de un ocaso, lo que me hizo
despreciar el gesto y la risa fácil
para disfrazar el vacío más amargo,
la cáscara más miserable de lo existente,
rotulada con insignes nombres de ser, razón o alma.
En cualquier caso,
nada despinta la migraña vespertina,
las pastillas tragadas como santos griales
para salvar la cordura y disipar el fuego
abrazador del tubo digestivo atascado
en interminables dolores de parto sobre el excusado.
Si yo mirara la superficie de las cosas,
tal vez daría rienda suelta a los vientos
que se quedaron prendidos
después del último almuerzo
y antes del último intento de poesía.

Capítulo 85

MUERTE SÚBITA

Entonces así es como la muerte nos arrebatada,
sin contemplaciones de sentidos o porvenir ninguno,
sin avisos ni señales, ni sueños ni esperanzas que importen.
Igual que la fibra más preciada del entramado vital
es hurtada de las cimas abisales del universo,
así la señorial devastadora de mundos esquilma el perfume
de los botones en flor o el destello dorado de las hojas marchitas.
De pronto es el vacío aullando en mitad del anhelo más vibrante,
de pronto es el silencio eclipsando el susurro más dulce,
la promesa más tierna,
ahuecando la carne de sonrisas, de palabras, de un cálido abrazo.
Y en el centro de su nudo mortal se desgarran algo,
inexpresable, inconcebible,
inalcanzable para el sonido de ningún consuelo,
de ningún arrullo amante, de ningún olvido venidero.
Porque así es como la muerte nos arrebatada,
cada pregunta se desgaja como una mancha
diluyéndose en un vasto océano de indescifrables signos
rumbo a ningún lugar.

Capítulo 86

FLAMEANTE OBEDIENCIA

Y nos dirán una vez más:
ármense de paciencia,
y esta vez sí seremos obedientes hasta el tuétano,
y nos armaremos hasta los dientes.
Apertrechados en este globo cósmico
entre la nada y la cosa niuna,
nos prepararemos a resistir el azar y el tiempo.
La breve brizna de un latido
en el corazón de un abismo.
El leve roce de un suspiro
en la superficie de un silencio.
Nos armaremos de paciencia
en la trinchera de los sueños esquilmados
para la muerte, para el fuego sideral devorador
de horizontes, erguidos sobre el fatuo devenir
de la ilusión y la palabra.
Que otros sacudan sus cuellos
sobre el filo de la realidad tirana.
Que otros bailen agitando las trémulas alas
ante el huracán insufrible de la espera.
Armados de paciencia abramos fuego
a diestra y siniestra,
contra cielo y tierra,
antes de que la última reserva
se consuma en el fuego abrasador
de una retórica pletórica de promesas
y fábulas para dormir.

Capítulo 87

FADE OUT

No me olvides.
Difuminadas tras los cristales de mi alma
se agitan las silentes brasas de tu boca,
sueño abierto hacia el dulce clamor
de un deseo injertándose en la savia
poderosa de otra vida,
de otro tiempo.
No me olvides.
Conjugando el verbo de lo ignoto
tantas veces diferido
en la piel cuarteada
de esta estancia,
aguarda un cálido recuerdo
tembloroso, como ave
estremecida de dolor
o desconsuelo.
Nadie abre sus ventanas.
Los cristales se acarician con el aire
cual amantes que no saben
dónde empieza la distancia,
dónde acaban los pesares.
No me olvides,
y repara el mundo que abrigaste
entre tus palmas quietas
y profundas,
cristalinas mariposas
bajo el fuego del estío
que hace llaga en cada piedra,
en cada órgano que toca.
No me olvides.
No me olvides.
O en la muda memoria
habrá un gemido hecho sombra
sin retorno ni presente.

Capítulo 88

IBÍDEM

Se me acaban las palabras.
Los eslabones que las unen se desgastan
y resquebrajan.
Un remedo tumefacto de redundancia
cíclica las corroe como a mariposas secas
estacadas bajo la suave lumbre de un
escaparate, en piezas de museo
apergaminadas y mustias.
Hasta aquí, me susurran, hasta aquí,
y su aliento moribundo socava
el abismo donde los naufragios se dilatan,
sucumbiendo bajo un profundo mar de espejismos
trizados y añejos.
¿A dónde fue la tersura de sus sueños,
los dinteles de sus figuras elevándose
hacia un cielo de ébano y escarcha,
lejos,
en la profunda noche?
El primer signo de un gesto insondable
tras las grietas del tiempo,
estirándose hacia atrás y hacia adelante
en un insoportable vértigo.
Me detengo.
Y la náusea tiene cuerpo.
Tiene nombre.
Tan antiguo como el miedo.
Un conjuro que se eleva como un eco
incesante, mortecino,
repitiendo,
repitiendo,
repitiendo,
repitiendo...

Capítulo 89

LEITMOTIV

Aquí vinimos por los besos
y los abrazos,
por el fuego palpitando dentro de un pecho,
por la miel destilando entre el follaje
de una primavera que nunca acaba.
Nos arrastró el aroma de un sueño
o una esperanza,
como un pan recién abierto
sobre la mesa matutina que despierta,
una promesa, una risa tintineante
repiqueteando en la distancia,
el anhelo de una dicha
que se ensancha más allá de esta tierra.
Lo demás fueron silentes rastros,
ecos moribundos anegando
estancias vacías,
una mano temblorosa en retirada,
unos labios apretados
sin destino,
siempre en fuga,
palpando en la oscura noche
del olvido y la memoria cercenada.
Aquí vinimos por la voluptuosa
ternura de la piel
ofrecida
en tersa caricia para el abandono
y la ausencia,
por la dulzura de un vino
derramándose en la sangre
vibrante de cantos y festejos.
Lo demás fueron deshilvanados remiendos
sobre un vacío,
sobre un apetito primigenio de besos
y abrazos
tras el primer llanto.

Capítulo 90

FAQ

¿Qué es suficiente?

Un silencio eterno.

Una efímera fractura sideral de espacio y tiempo.

Un perentorio acuerdo entre las partes.

Una esperanza más allá de lo posible.

Una plenitud inconstante.

Una bóveda estrellada trazando mil destinos.

Una palabra inacabada.

Un signo de interrogación al final de todo.

¿Hasta dónde se dilatan las columnas

de un cielo inhabitable?

¿Hasta cuándo?

Las oscuras fosas de la materia

con sus desaforados ojos,

guiñando su inconmensurable vastedad

cósmica,

¿hacia dónde navegan

en la inabarcable noche de los astros?

¿Quién lo entiende?

Pixel tras pixel

se entretejen las constelaciones

en un manto de circuitos

urdiendo el profundo abismo

de un rastro infinito.

Arrojados hacia su propio sino,

cual pródigos hijos sin retorno posible,

se pierden en la niebla de lo venidero.

Su luminosa barca zarpando

hacia un sol desgajándose de un mundo

que queda en el ocaso,

indiferente a los alegres cantos,

a los llantos y los adioses.

¿Qué es suficiente?

Una vida hecha a medida de los sueños.

Un beso rebotante de promesas.

Un mensaje inocuo al final de la espera.

Capítulo 91

ILUSIONISMO

Si aún queda algo de tiempo
quisiera saberlo.
Un recado en el último instante
antes de que esta nave toque destino.
Si las lágrimas y las sonrisas fueron suficientes
entre el amanecer y el ocaso.
Si las formas delineadas sobre la oscura
roca de esta caverna sideral
forjaron un mensaje merecedor de una respuesta,
o la digna eternidad de un silencio ignoto.
Estas figuras,
estas insignias del alma sobre una superficie
rugosa o transparente,
como aves embarcadas en su peregrinaje
hacia otras tierras,
rumorosos signos en movimiento
contra un cielo abierto e impredecible.
El fuego de la espera
que consume los navíos y esparce
las cenizas de lo irrecuperable
destella con delicada indiferencia
sobre las aguas de esta tarde que declina.
Antes de que la última brasa
se diluya bajo la fría oscuridad del olvido,
quisiera saberlo.
Si aún queda algo de tiempo.
Si a la ilusión de la vida
aún le queda un truco bajo la manga
para una última sonrisa
con vestigios de infancia.

Capítulo 92

METAPOESIS

Hoy dejaré de lado los pormenores
que nos trajeron a esta tarde
cargada de soles fundiéndose en esplendorosa
agonía de luz y quietud salobre.
Me inclinaré ante este mar de palabras
agitándose bajo el oleaje
de lo que se niega a ser pronunciado.
Entre nosotros los signos se levantan
como señales de una fraterna
desesperanza desdibujada más allá del tiempo
que permanece idéntico a sí mismo.
Los mismos sueños, las mismas añoranzas,
el mismo canto tronchados
sobre el mismo ángulo
contra este mismo suelo.
Qué sé de transeúntes
pernoctando como prófugos
de su propia miseria en lejanas y extrañas tierras.
Qué del horror consumiendo
el gesto más casual tras la cena cotidiana.
Qué del exilio que arrebató
desde las raíces hasta la pulpa
abierto como una llaga sangrante.
Qué de un horroroso Chile
sin salida y sin retorno.
Qué sé de la poesía,
la verdadera poesía, la poesía en su blasón
más alto como un muro transparente
donde cristaliza un mundo inacabado de deseos.
Este exilio, este pseudo-exilio autoelegido,
este exilio hacia el centro de uno mismo
tras un decoroso paseo por los Malls y servicios higiénicos,
una breve y fugaz estancia
en la virtualidad de una vida insípida,
sin sabor a nada.
Qué sé, Enrique,
de la poesía encarando la muerte
como a una vieja raquítica
vencedora de todo.

Capítulo 93

PEQUEÑOS BUDAS

¿Quiénes son esos que meditan
sobre el mundo como si su vida dependiera
de ello?

Tristes aprendices de chamanes
en la soleada cima de siete colinas
erigidas entre desechos de circuitos
y tarjetas sin banda electrónica
ni línea de crédito.

Beben su sabiduría como un licor
procesado para los grandes
mercados del mundo.

La recogen a montones
en los canastillos de ofertas
etiquetados para Autoayuda,
y repiten los salmos
sobre la gran marquesina
de las redes.

Una cadena lleva a la otra
y las cuentas cuadran,
perfectas,
inmutables,
eternas.

De los voluminosos estantes
de la academia
tomaron el atizador y el fuego
y ahora lo agitan
contra todo lo que se mueva
más allá de sus mantras
y sus rezos.

¿Sabrán de dónde vienen?

¿Sabrán a dónde van?

Pero saben cuál es el camino
y cuál la contraseña
para la armonía y la salvación.

Han medido el mundo
en una vara de incienso
y han purificado su esencia en la sofisticada
llama de un encendedor.

Nosotros, pobrecitos mortales,
buscamos un simple trozo de tierra,
una roca, un breve paisaje

donde pernoctar en la noche del mundo,
si es posible a resguardo
de la intemperie y
con las comodidades de turno.
Abrigar un corazón nos basta y sobra,
un cuerpo y un sueño simple,
suficiente para que una leve sonrisa
ilumine los afanes del día
antes de cerrar los ojos
para siempre.

Capítulo 94

HASTA LA MUERTE

Aquí la muerte persiste.
Disculpen los amantes de la risa
y el timbal al pie del Sinaí,
los amantes de la gloria
y un cielo repleto de bendiciones
y maná cayendo como migajas
desde la mesa del todopoderoso
signo de todos los tiempos.
Aquí la muerte persiste,
la muerte, persiste,
la muerte,
la muerte,
la muerte,
y no hay disculpa que valga,
irrisoria, sin sentido,
un gesto de desdén
con guarnición de buenas maneras
para amenizar el plato fuerte
que será servido en su punto de ebullición
más calcinante.
Todo se disipa,
olores, sabores, texturas,
figuras y colores,
espacios y tiempos,
todo,
sólo la muerte persiste
con su férrea promesa inquebrantable
al final de cualquier eternidad.
En este mismo instante, espolvoreada
sobre huesos y carne
teñidos en la herrumbre
de antiguos abrazos,
en esta misma hora, en este mismo intento
de domeñarla bajo la memoria
y las palabras.
Persiste.
Persiste.
Contra el conjuro más dulce,
el más humano,
persiste.
Aquí,

engullendo su propio corazón
y su propia alma hasta la muerte.

Capítulo 95

RESABIOS TENACES

¿Por qué las palabras despliegan sus alas
sobre este terreno baldío?
¿Por qué rebuscan entre sus rastrojos
un alimento que nutre vientres resecos de anhelos?
Graznidos ciegos en mitad de los días
que se abrasan en el fuego más feroz, implacable
engullidor de destinos.
Así van tentando los minutos,
cual semillas muertas calcinadas de su fruto,
eslabón a eslabón,
paso a paso,
escociendo entre oscuros pedernales,
rociando este yermo detenido en el tiempo.
Sus figuras se recortan contra el umbral
como un sueño en espera,
un ala herida temblando desnuda
de cuanto pudo ser abrigado
en la dicha de un vuelo.
¿Por qué perduran sus ensalmos a pesar de la ruina,
contra toda tormenta, sobre todo sino?
Acaso hay un eco que aguarda.
Un recóndito eco que persiste en este mudo foso
del alma.
Hay tiempo, murmura, hay tiempo,
besando con su aliento moribundo los dinteles
cuarteados de alguna esperanza.

Capítulo 96

DANZA MUDA

Así que aquí me siento día tras día
esperando a que las palabras dejen su recado,
una señal, una sombra,
un rastro de nube o agua o viento,
gimiente desvelo inaprensible entre el sueño
y su vigilia.
Remonto el precipicio de mi alma
como un sonámbulo en la bruma del signo
inalterado sobre esta llanura blanca y desierta,
despojado de todo lo que pudo abrirse
paso ante el vendaval de la desidia.
¿Aún queda algo más allá de la espera
prolongándose tras este mar de píxeles
y bits fluyendo a través de una noche sin tiempo?
¿Quién habitará sus costas?
¿Dónde encallarán los mensajes extraviados
en su irremediable naufragio?
Nada es seguro. Todo es incierto.
Vacía de sonidos esta voz se hunde
en el ocaso de un silencio tan indecible
como la muerte.
Sólo quedan sus figuras,
sus formas ahuecadas danzando bajo miradas
pasajeras que recogen sus hebras
y las trenzan en canciones ligeras,
como el aire de un otoño
que arremolina moribundas hojas secas.

Capítulo 97

CAPACIDAD DE AHORRO

Si me atrevo a llamar a esto poesía
es porque los casilleros de los conceptos
y las categorías ya dan para todo
y para nada.

Poner una línea tras otra en una catarsis
espasmódica de oscuro sentimentalismo
es un puro reflejo condicionado,
un colorido fetiche detenido en la vitrina
del consumo universal,
un regurgitar sapos y culebras
para conjurar la maldición espuria
de un tiempo igual a sí mismo.

Deslavado.

Incoloro.

Redundante.

Irreversible.

La misma horma para distintos zapatos.

Elija el que le quede.

Ajústelo, siéntalo, póngase en movimiento
y vea cómo se expande

esa ilusión de libertad

que se estira más allá del horizonte

fundiéndose en posibilidades infinitas.

O simplemente lea las referencias

a pie de página:

vicio incurable,

nada,

íncubo,

razón de la sinrazón,

queja A o queja B.

Y ahórrese un tiempo precioso.

Capítulo 98

INFRASONIA

Vuelve por mí el silencio,
como un hermano bastardo que nunca perdona.
Regresa con palabras y memorias
hirsutas de aromas que han perdido
su esencia y su forma,
de fibras de olvido,
de infamias y expoliaciones
ondulando al viento como despojos de piel radioactiva
tras la devastación más abyecta,
tras la mudez de la barbarie.
Sus inaudibles notas tiñen ciertos atardeceres,
ciertas madrugadas,
ciertos cuerpos
extraviados en un tiempo irrecuperable
para sí mismo.
¿Qué será de ti?, pregunta sacudiendo
los cascabeles de un destino incierto,
¿qué será de ti?
Agita la fusta de las cicatrices más profundas,
las trae a mi mesa con el sabor
del pan y la leche recién espumada,
y luego cede,
y luego perdona,
y en su silencio de silencio
más prístino
se retira dejando las migajas de una dulzura
tenue, aleteando
una añoranza ancestral de paz
y quietud que temple las aguas
inmaculadas del alma
que lo llama, que lo busca,
que pide pagar el precio
de su eterno silencio.

Capítulo 99

PANTOCRÁTOR

Los mismos hados que nos tejieron
las dulces guirnaldas de la dicha
nos fraguaron los eslabones del infortunio
y exprimieron los amargos zumos del azar.
Vetustos dioses dando palos de ciego
a la piñata de un mundo que se inclina o se eleva
al ritmo del mazo y la risa.
Un día los sueños se encumbran, luminosos
de victorias arrebatadas al fatuo destino,
otro se troncha la vértebra de la vida en un abrir
y cerrar de ojos
sobre una pupila que se dilata horrorizada
de sí misma.
En vano es el llanto humedecido
por preguntas incontestables.
En vano la risa repicando
su insolente júbilo desafiante.
¿Dónde está la conquista tras la expoliación
y el vacío?
¿Dónde los lamentos bajo los dinteles
de un cielo abierto a las estrellas?
Un mismo día el sol se eleva
y la noche cae sobre el mundo.
Sin razón, sin motivos,
sin propósito ni fines que lo sustenten.
Sólo miríadas de tiempo inexplicable
depositándonos sobre estas arcas del pensamiento
y el punto exacto en el que latimos.
¿Qué más?
Renacer.
Arder.
Temblar.
Abrir las alas de lo ignoto y surcar
los mares de lo incierto
hasta el más recóndito hálito de vida.
De cara a los indolentes albueros blandir las lanzas
de esta irrefragable libertad indómita.
Abandonados al capricho de la fortuna
quemar las naves en su marcha hacia ningún puerto.
Nada nos ata, nada nos convoca.
Todo está por escribirse sobre nuestra tumba

y cada palabra ha de ser tallada con el fuego
de nuestra inconquistable voluntad.

Capítulo 100

RECICLAJE

Vengan a mí las palabras
que un día hervían en el caldo
espeso de lo inmenso.
Sus diques abiertos, fluían
y reflúan en los profundos surcos
del tiempo.
Sobre este yermo de signos estériles,
bajo esta bruma de nombres difusos
hoy las convoco.
¿Qué fue de ellas?
¿Dónde anidaron tras el alborotado
jolgorio de su primer vuelo?
Las conjuro en noches plagadas de gritos,
en días grávidos de sed y desiertos.
Evoco la pulpa dulce de sus reminiscencias
ante esta página quieta.
Cuán breve fue su flama,
qué fugaz el parpadeo
que abrió las sombras
en el instante más oscuro del tedio.
Sus ínfimos trazos quedaron como un vestigio
sin cuerpo,
una indeleble trizadura sobre el cristal
de algún sueño.
Aquí las dibujo,
cual retazos de sonidos vacíos,
rescoldos agónicos de lo efímero y lo eterno.
Reciclando restos muertos
de palabras que jamás volvieron.

Capítulo 101

BLACKOUT

Cuando todas las pantallas se apaguen,
cuando todos los pulgares se detengan,
entonces sabremos qué fue de nosotros
y podremos seguir adelante o morir en el intento.
Para entonces los secretos y las conjuras
habrán sido expuestas hasta el último rincón del mundo
sin retorno posible
y sólo restará desempolvar la textura de las cosas
relegadas en la bruma oscura de los cuerpos.
¿Sabremos a qué olía una palabra brotada del aliento
sonoro cuajando en la espesura del espacio y el tiempo?
¿Tendremos el sabor de la resaca algorítmica pegada
a las pupilas dilatadas ante el pulso ancestral de la vida?
O todo será distancia irrevocable,
imagen sobre imagen,
sombras al final de una caverna perfectamente habitable,
noesis y noema,
fondo y figura,
virtualidad hecha carne y signo frugal.
Una voz dirá nuestro nombre y no sabremos
si fue el viento, el fragor de mares distantes
o simplemente la alerta de un mensaje entrante
sin respuesta posible.

Capítulo 102

FOLLAJE EN ARRULLO

La hoja que se pliega al viento
es una flama frondosa que saluda en la distancia.
Su lengua de rumorosos atardeceres
recita los enigmas indescifrables de una vida
reposando en sus albores.
Cual insignia de la brisa agita sus estandartes
en la bruma de los días,
en el fulgor de las noches,
y se acuesta sobre la temblorosa piel del agua
cuando se aquietan sus misterios.
Déjenla habitar en el verdor
de sus sueños, en el frescor de sus fuegos.
Su palma abierta traza los linderos de un cosmos
más vasto que el aliento del universo,
las rutas de un tiempo profundo como un espejo.
En sus filamentos yacen escritas
las runas de un destino esplendoroso e impronunciable,
en sus anchos horizontes el incesante
vaivén de lo que se mueve y retoza
abre sendas y se aglomera.
Oscilan los segundos abanicándose en los pliegues
de su ropaje vegetal como un hechizo.
Sobre el torso hendido de sus alas
las perlas de la aurora desgranán el húmedo sopor
de su limpidez lozana.
Déjenla ondear su fértil enseña
al nacer la sombra, al morir el alba,
como quien celebra,
como quien convoca,
como quien aguarda.

Capítulo 103

XDISTANTE

Sumerjo mi corazón en el piélago de la renuncia.
Festejo la deserción ante el imperio
inmutable de los astros.
Como quien recoge guijarros depositados
en las orillas estancadas del tiempo
me inclino sobre cada instante
para abandonarlo a la irremisible vacuidad
de lo quieto.
Las cosas del mundo se acallan,
remisas,
postreras,
oscuras.
Ya no recuerdo sus nombres,
ni el aura con que bordaban palabras
de un canto grumoso,
espeso en despojos inversos.
Pude volver, pero no vuelvo.
Pude manar, mas permanezco.
A mi espalda Sodoma,
ante mí la ancha llanura redentora
ondeando sus indulgencias.
En su frontera equidistante persisto,
ni estatua de sal, ni absuelto del fuego,
en suspenso el aliento vital
y el tembloroso estertor de la muerte,
en suspenso.
Sobre esta hoja en blanco machaco
los frágiles huesos de un verbo impronunciable,
como retoños ressecos eclipsados
en la boca de una primavera desierta.
Con sus guirnaldas inocuas adorno los dinteles
de una abdicación más portentosa
que la devastación más portentosa.
Desciendo en sus ríos oscuros, inconcluso,
sin calor, sin dolor, sin miedo.

Capítulo 104

ÚLTIMO TWEET

Amigos, detrás de los píxeles
hay tantos rostros buscando su paraíso,
preguntando por el nombre de cosas irrecuperables, perdidas,
y el tiempo de un destino.
Habría que agradecer la fiesta de un signo
dado para el jolgorio de las redes,
el coctel de risas y odio digitales servidos en bandejas de entrada,
las flores nacidas en la intemperie cibernética,
creación vástago de una hidra múltipara
con sus miles de ojos reduplicando un mundo
de posibilidades infinitas.
Pero el frágil cristal de la realidad
se ensancha y se agrieta en sentido directamente proporcional,
y ya no hay vacío que la contenga.
¿Lo sienten?
De poco sirven las palabras.
Escribirlas. Publicarlas. Leerlas. Hacerlas un ovillo y tragárselas.
La tinta derramada ya no es indeleble,
ni se borra ni deja su impronta invisible
como mudo testigo de pergamino secreto.
Nada de lo que aquí se diga está escrito en piedra,
papel o tijera.
Bastaría un leve soplo, un mísero pulso magnético, errático
como un ebrio ciego que no sabe lo que enuncia o toca,
y todo volvería a cero.
Los nombres. Las formas. El último tweet.
Siempre lo supimos, amigos, siempre.
Por eso abrimos fuego a quemarropa,
rompimos las lanzas de todo lo humano y lo divino,
apuntamos a la cabeza del libre albedrío
y le hicimos vomitar hasta el último céntimo.
Porque después de todo quién pude juzgarnos
por querer decir la última palabra, nuestra palabra,
y distribuir nuestros más preciosos sueños
en la maraña virtual antes de ser olvidados para siempre.

Capítulo 105

SOBRE EL ALMA

¿Quién conoce los bordes del alma?
¿Quién ha entrevisto siquiera su superficie?
Ni el aliento que insuflan fuelles sigilosos
en la profunda hondura de su ignoto averno,
donde ninguna mirada alcanza.
La corteza mineral de sus estratos,
la resina espesa de sus sedimentos,
la estela primorosa hendiendo las aguas
en el océano de sus abismos,
girando siempre, girando.
Vemos zarpar sus barcos cargados
de fuegos y escarchas,
con sus velámenes henchidos de días y naufragios
desplegados en profundas notas diáfanas,
hacia una lejanía tan remota
que ni el más leve pensamiento toca.
Allí palpita, intacto, el enigma de una vida,
el temblor de una mirada,
la palabra impronunciable ante un dulce roce,
una pena detenida en el umbral
de sus misterios.
En la crisálida trémula de su seno
irradian sus secretas voces un silencio tan espeso
que no oyen ni los ángeles más altos
ni omniscientes dioses sempiternos.
Hasta el odio más feroz hunde sus frágiles raíces
de terror primordial en las insondables grutas
de sus fontanas,
y ahí beben, temblorosas, sedientas de algún amor,
de algún sueño de infancia que se trizó,
y que olvidado de sí mismo permea, irredento,
la inescrutable superficie del alma.

Capítulo 106

FESTÍN

Créanme,
no fui mejor ni peor
que cualquiera;
ni tuve menos fe
en las señales de un futuro incierto,
ni mis certezas fueron
menos niñas y menos risueñas
ante el canto distante de la muerte.
Pero he aquí que llegaron
las palabras día tras día,
página tras página,
y las recogí
y las apilé
como frutos maduros
para los días aciagos.
Y esperé en esta pausa
del mundo,
fermentando, como niebla
espesándose antes de la hora
del naufragio.
Ellas tejían esta guirnalda,
esta corona frugal,
este alimento de dioses famélicos,
de hadas ciegas.
No entraré en detalles,
pero diría que la mota de polvo,
el parpadeo de una ameba,
los colores de un pulso subatómico,
la microscópica fibra de la nada
estremecieron las hojas de un canto
estridente que me partió
los hemisferios
y cercenó mi frente.
Y diría más
si no fuera porque
son tristes mentiras,
hipérboles mal ventiladas
para expeler
los malos olores
de palabras que se atascan
y se pudren

y que acaricio
como un mendigo avaro
antes del siguiente festín
de sobras.

Capítulo 107

CAUTIVERIO

Cometí la injuria del abandono,
difamé la gloria y los sueños incumplidos,
porque es mejor adecuar
los conceptos a las cosas que incinerarse
por dentro hasta las cenizas
de lo inerte.

Nada llevé con tanta elegancia
como este traje de cinismo
bien entallado
para el banquete inquisitorial
del mutatis mutandis
y el progressus regressus
y toda su floritura
de latinismos con un tufillo
filosófico-existencial
que se lo querría cualquier cadena
de whatsapp.

Al final fue sólo esta resonancia
redundante boqueando
al borde de una vida
reluciente de amor y sonrisas,
de brazos abiertos esperando
al otro extremo de cada instante,
con devota entereza,
a que la bestia deje de girar
sobre sí misma
y recuerde los nombres,
los lugares, los momentos,
los sabores tendidos
sobre una mesa donde las risas
cubrían los pormenores
del día a día para los días venideros,
y un mañana que siempre
guardó los ecos más promisorios de lo que pudo ser.

Capítulo 108

AD IGNORANTIAM

Me detengo.
El sedimento del tiempo se aposa.
Preguntas se acumulan sobre el mundo
como grumos espesos
que fermentan al sol radioactivo del progreso.
Esta es la memoria,
la frágil memoria de lo desechable,
de los cinco segundos antes de saltar
a la reproducción de turno,
de la breve flama del conocimiento.
No sé.
No sé.
Lo repito como un mantra sagrado.
Ignoro lo que no sé
porque en esta marea de saberes
la certeza se cuece en su propia salsa
y no deja ver el velo de la noche
que la oculta.
La corteza cerebral es sólo eso,
una fina corteza
que recubre el miedo y la euforia
y los sueños de omnisciencia
de algún átomo sonámbulo.
O tal vez no.
Tal vez esta es la lucidez,
es toda la lucidez posible en cualquier
mundo imaginable,
despertada para abrasar
los firmamentos del cielo
y la tierra,
para fundirlos en el polvo cósmico
hasta que todo se haya consumado.

Capítulo 109

RUTA DEL POLVO

Aquí el polvo habla.
Desciende sobre el mundo
como el sedimento de lo inútil,
como una casa que se desmorona al solo tacto
y disemina la memoria de sus cimientos.
Los molinos del tedio giran las aspas
de los días y las noches,
crujiendo y triturando las motas de un silencio
profanado de abjuraciones.
Todo cae por su peso,
depositado para cubrir la injuria proscrita
de estos cuerpos expuestos
al abandono de su propia senectud.
Tras los signos de su paso enmudecen todas las puertas,
se aquietan los estertores de la vida,
eclosiona la sonoridad de una decadencia
sigilosa y paciente,
depuesta en su propio abandono.
Ácaros del tiempo,
partículas del hastío,
enzimas de sueños descargados a un bit por segundo,
el polvo susurra,
el polvo calla,
y en la oscura harina de su aliento
amasa un lenguaje
añejo como un vino amargo
para brindar al final de un viaje detenido para siempre.

Capítulo 110

NOCTURNO EN SUSPENSO

El alarido del mundo retumba
en la noche aciaga
y yo me descalzo para reposar
bajo el abrazo de todo lo que espera.
Presagios silenciosos se deslizan
sobre las veredas y el asfalto
de urbes detenidas en el limbo
de un sueño que ha contenido el aliento.
Los umbrales son horizontes lejanos
dispuestos a engullir la distancia
como si no hubiera mañana.
Y se desperezan, y se aquietan,
promulgando el edicto irreversible del tiempo.
¿Quién apaciguará a las bestias que merodean
las ciudades desoladas?
¿Quién le argüirá a la Esfinge su soliloquio
de sofismas indescifrables?
Más allá de estas sombras los mares retienen
los mensajes que nadie escucha, que todos hablan,
y se mece en la espuma la dulzura
de los días que nadie se dignó a guardar del invierno.
Y sin embargo, el pulso inconstante del mundo
aún contiene las promesas y los juramentos
que nos dimos antes de perdernos
en la pomposa penumbra del pequeño dios
desdeñoso de los diminutos mortales
con sus afanes de amor y de justicia.
Aún están allí,
los regazos donde anidan las bocas hambrientas,
los lechos donde se diluye la afonía de los abandonados,
los besos que desechamos en la virtualidad
delirante.
Aún están allí,
como guijarros olvidados entre la maleza
de tantos años idos,
aún están allí,
para ser recogidos y entregados
como talismanes que rememoran
el regreso a casa tras la rutina devoradora

de tanta palabra guardada para otra vida,
para otra muerte.

Capítulo 111

CENTURIÓN

Qué son cien años cuando los himnos
de los victoriosos y los condenados son tañidos
con los mismos acordes inmisericordes
del eterno retorno del eterno progreso.
Cuando las calles huelen a la misma putrefacción
de bares y burdeles
en noches donde aún resuenan los lamentos del abandono
y la locura.
Cien años dentro del mismo globo
plagado de virus y parásitos dispuestos a propagarse
por la galaxia entera para llegar a algún puerto
abarroado de abrazos y despedidas
sin destino cierto más que la pulsión de un deseo
o la esperanza de una muerte.
Centuria tras centuria redoblando los ecos
y el horror de las espadas cayendo sobre los campos,
segando las espigas y rebanando los llantos.
El acero blandido rebosante de sangrientas conquistas
y desoladores olvidos.
Aún permanece intacto el aullido en el óxido de su guadaña,
la carcoma del tiempo no ha marchitado la sed
de sus atroces sueños.
Qué son cien años para los rescoldos de un fuego
que nunca se apaga,
como peste esparcida tras la miseria y el duelo
se encona igual que la pústula después
de la hora del letargo y el sexo.
Ahuyenta los besos teñidos de flores y sonrisas,
separa las aguas cristalinas unidas
en el abrazo más cálido de una naciente primavera,
marchita las promesas trenzadas bajo el rumor de un eucaliptus
en una tarde donde el sol refulge al final
de un camino o un telón cinematográfico.
Qué son cien años
cuando aún resuena el vaho de tu boca,
juglar de mala muerte, henchida
con las verdades y las mentiras,
los placeres y los dolores,
las palabras y los silencios,
colmada de la misma náusea,
tan fresca tras una larga noche de hedores tiernos

como un bramido gimiente.

La misoginia servida en verbos de abyección,
el machismo vomitado en adjetivos babeantes,
la irreverencia impúdica como un coito desgarrado,
la condena de la indecencia vestida con la seda
de una hipocresía tan liberal que ya no se libera
ni del tufo de su propia moralina.

Cien años, Charles,
qué son cien años.

Capítulo 112

ASTRALOPITHECUS

Me embrujó la noche con sus amables
senos cálidos, aromados en silencios
perforadores como ladridos y lejanos lamentos.
Me invitó a la huida suicida condenada
por la inercia vital hundiéndose en el magma
de los sueños.
¿Qué devastadora anemia diluye las venas
resquebrajadas de este valle tendido bajo las incontables
pupilas titilantes de la oscuridad sin luna?
¿Qué oculto anatema dormita en la rugosa piel
de sus caminos?
Acaso vuelva un día a poner la palabra
como flor ardiente sobre mi boca,
radiante de soles implacables y espesas
soledades fermentando en profundas quebradas
como llagas volcánicas.
A este momento sólo le queda el inconfesable
deseo de sí mismo,
devorándose sin remedio con el asfixiante
boquear del pez moribundo
aferrado a la calidez de una roca oscura.
¿A dónde vas noche sin luna,
sin memoria, sin figuras ni contornos
que apacigüen tus temblores
de pasiones que hieden
a fantasmas de tantas bocas
tras la hora del festín estéril?
En este valle, en la noche astral y milenaria
que circunda vida y muerte con la indiferencia
de una diosa fulgurosa de portentos,
alguien hurga la membrana
insidiosa de la afonía sideral
para bruñir una plegaria
como metal furioso contra el azar
de todos los mares del tiempo.
Y se duerme, y se aquieta,
urdiendo una esperanza
con los jirones de un átomo estancado
en la nada.

Capítulo 113

MEMORIÁPTICA

Este es mi lugar.
Ya no recuerdo otro momento ni otro tiempo
que este instante.
He echado raíces en esta estancia
como si el mundo dependiera de ello
y le he tomado el pulso a una vida
que sufre palpitaciones
ante el abismo trepidante del porvenir.
Los rastros de la memoria
se disuelven en la asepsia irritante
del desinfectante y la espuma antialérgica.
En posición fetal mirando una pantalla
se desmadeja el tejido de las anticipaciones
y las distopías.
Las redes se expanden sobre el orbe
arrastrando miedos y esperanzas
como peces moribundos ebullo
en la corriente revuelta del mundo,
y los pescadores de hombres
cuentan sus victorias según la moneda de cambio.
Y sin embargo, las calles rugen,
y se eleva la llamarada de las voces abrasadas
y el humo de alaridos reducidos a cenizas.
El reloj enmudeció sus horas sonoras
en la insípida afonía del averno digital.
En él se extiende el tiempo girando en la redundancia
tautológica de un topos uranos
sin idea de sí mismo.
¿Quién acicatea los caballos de un destino
fraguado en cadenas de algoritmos y estadísticas?
Aquí es la memoria de un futuro posible
diluido en un pasado sin figura ni forma,
sin olores, sin sabores, sin sustancia
que rescate de una espera que añora su propia extinción.
Sólo recuerdo este momento.
Y la membrana táctil de sus imágenes
que llena una memoria
lista para ser vaciada en el instante mismo
en que ya no dé más de sí.

Capítulo 114

EQUINOCCIO

Pudiera ser que el tiempo se haya detenido
y todo lo que quede sea un frío invierno.
Pero los soles implacables de este abismo
seguirán triturando el sable torturante
de sus fuegos.

Y aquello que fue concebido a gritos
de mordaza cuando la noche aulló sin remedio,
volverá arrastrando sus grillos
tras la ardorosa convulsión de un canto
ahíto de sueños.

Las dagas inclementes de un devastador hastío
se harán silencio de escarcha bajo un cielo
que abrasa memorias, momentos perdidos,
que incinera todo lo que niega su presa
a lo sempiterno.

Y escaldaremos las frases escritas en muros
como un aciago rescoldo, como si fuéramos
los domadores de la tormenta que nunca pudo
abatir nuestras naves en un mar indescifrable
de inamovibles témpanos.

Aquí, entre el ocaso y la aurora, estaba
la vida que quisimos abrazar. Aquí, diremos,
señalando los lugares salpicados de rabia,
estaban las miradas de unos rostros
nacientes y señeros.

No bastarán las manos para esparcir
las cenizas de tantas alas que se abrieron
al torbellino de las sirenas con su ciego devenir,
como cometas ondeando sus promesas
condenadas a un mismo suelo.

¿Quién levantará la fría copa de la razón
para arder en la hoguera de lo efímero
cuando las esfinges del primer ardor
abran sus fauces y esparzan sus enigmas
devorando los misterios?

Y lo pronunciado sea una corroída palabra:
pudiera ser que el tiempo se haya detenido
y todo lo que quede sea un frío invierno.

Capítulo 115

EL ASCUA INSOMNE

Abrí los sueños que me fueron entregados
como capullos hinchados de primaveras,
y enjuagué las gotas del rocío depositado
por la noche insomne, más larga que toda una vida.
Hallé la memoria en el temblor mis manos,
latiendo aterrada por el olvido en que se hundieron
tantos sueños en este incierto naufragio.
Pero aquí estoy,
sediento de abrazos, hambriento de fuegos
ante las cenizas que fueron quedando
tras la injusticia y el horror de lo humano.
Y sé,
las copas del triunfo pueden volverse
espesas cadenas forjadas en la esperanza,
escanciada en la espera de un vino amargo.
Sin embargo, aquí estoy, sin embargo,
oyendo el susurro de un tiempo ido
que vuelve a anidar entre el follaje de un verbo.
O será que la pena y el miedo exprimieron
las últimas reservas antes del rotundo ocaso,
y despiertan ecos risueños que aún resuenan
en algún lugar, desprolijos e intactos.
O será que no hay misterios,
que el fuego todo lo alcanza
a pesar de la fría escarcha que persiste
tras la herrumbre del tiempo.
Un pulso palpitante en la negra maraña,
un hilo invisible atado a alguna añoranza,
como rastros indescifrables de una imagen
difuminada sobre una superficie descascarada
y añeja.
Pervivían en ella la pálida sombra de las flores,
de los laureles rendidos, de las sonrisas aladas,
cuando aún la carcoma indolente del desaliento
no abría sus grietas ni abatía sus cantos.
Se han estremecido bajo el vetusto manto
de luchas decolorando el horizonte
de tanta promesa pisoteada por la retórica
y utopías abiertas como llagas.
Se asoman en cristalinos anhelos sobre esta tumba
oscurecida de huesos ya sin memoria,

para retoñar en un breve estallido
que quisiera volverse un cumplimiento
al final de una marcha interminable.

Capítulo 116

LECTOR DIGITAL

Me volví sombra para aplacar las miradas
cargadas de espanto y fuegos justicieros
en la abrupta pendiente en que me dejó la vida.
Nadie me vio pasar por detrás de las cosas,
del gesto adecuado a las formas y los protocolos
de una moral despótica.

En palabras abrigadas por incontables libros
busqué mi figura y encontré los signos
de una encarnación que me habló
con la voz de un dios sin espacio ni tiempo.
Hablé a los espejos como a viejos amigos
que devuelven la mirada sin esperar retribución
ni exigir preces.

Adónde fue, se preguntan,
mientras el trajín polvoriento los cubre
con su silencio, con su mordaza cotidiana,
con la vejez del olvido.

Sobre un estante quieto o sobre una pared
esperan a que vuelva de mi embriaguez
cibernáutica, del éxtasis digital,
del parpadeo soporífero de los píxeles.

Pero ya es tarde
para reescribir un testamento
que fue sellado en las bóvedas
del motor de búsqueda universal.

<https://lobosluna.wordpress.com/2022/07/15/lector-digital/>

Capítulo 117

BRAINSTORM

Me cercan las palabras.
Como un monzón preñado de estepas
ciernen el cálido vaho de su aliento
sobre el oscuro humus de esta tierra.
En la tormenta arbórea de sus hojas
recede el enfermizo repicar de los días
corroídos, deglutidos por la inerte
substancia del tiempo.
Trombas silenciosas destellan
tras su verbo líquido
inseminando el vientre grávido
con sus fuegos,
y arremolinan fragores distantes,
frondosa promesa pletórica en mieses.
Con su aliento glauco van urdiendo
las cadenas sonoras de un asedio
forjado en las tormentas del tiempo,
derramándose sobre la espiral
que va estrechando el ciclópeo
ojo del silencio.
La muralla de sus nieblas eclipsa
un horizonte pródigo de ofrendas
rumorosas e indescifrables,
nutridas de signos y señales
que se abren como una plétora fértil,
vibrante de recónditos destinos inciertos.

<https://lobosluna.wordpress.com/2022/08/10/brainstorm/>

Capítulo 118

STATUS QUO

Lo dimos todo, pero el horror nos tronchó
como ramas secas, ávidas de sueños y grandezas.
En la mesa el rastro de migajas abrió
su surco bajo la vibración de los ringtones
y el mordaz graznido de los clicks
replicando la horda demencial de bots
y fake news.
Y las verdades,
más espeluznantes aún, parpadearon
deslumbrantes antes de apagarse
enceguecidas por la noche habitada
de ojos arrancados y corazones desfallecidos.
Más allá de su oscurecido velo sólo queda
un camino de estrellas inalcanzables
y solitarias en su jornada hacia la promesa
de una victoria irremediabilmente abatida
tras el escozor de tanta mortaja maniatada
por el polvo del olvido.
La mordaza del espanto fue más fuerte
que los corazones latiendo al unísono
redoblando sobre el tambor de un destino
más arrebatador que la primavera más exuberante.
La voz de un dios llamándonos en la espesura,
interrogando preguntas indescifrables
ante el alarido de nuestra súbita lucidez
nos cercenó la cordura y nos devolvió a la complaciente
ignorancia de quien extravió su propio nombre.
En la ardiente sequía de las ilusiones
sólo queda un cementerio de cuencas vacías
abiertas hacia la húmeda esperanza de algún porvenir.

<https://lobosluna.wordpress.com/2022/09/23/status-quo/>

Capítulo 119

INTERLUDIO ANALÓGICO

Pero aquí, junto a ti,
cuando el mundo queda todo
a merced de las cosas no dichas,
acurrucadas entre los hilos
de tus manos,
como raíces bendecidas
ante el umbral de una primavera,
aquí se aquietan los latidos
y las llagas se cierran
en el dulzor de esta tierra
adherida a tu sombra,
al color de tus ojos abiertos,
al verdor de tu nombre.
Se develan los sueños como capullos
abiertos al primer retoñar
de la aurora,
y se tejen las hebras sonoras
de los primeros cantos
arrullados en el temblor de tus labios.
En ellos se asientan los pilares del silencio
forjando el secreto murmullo
de un tiempo apacible
más ancho que el regazo del cielo.
En ellos me hundo
para volver de una muerte tejida
con las esquirlas de un Tweet
o un Me Gusta suicida.

Capítulo 120

LOXOSCELES LAETA

El señor arácnido no tiene apuro.
Baja por la pared con la displicencia de un superrico
y la impúdica audacia de un político.
De vez en cuando se detiene como si olfateara
el aire o súbitamente recordara
algo que olvidó hacer antes de salir
y no logra descifrar con claridad,
pero que debe ignorar para seguir su camino
porque es impráctico quedarse a mirar hacia atrás
cuando hay tanto que engullir hacia adelante:
la excitante indefensión de una presa
atrapada en sus redes,
el intoxicante aroma de algún cándido
insecto extraviado entre los hilos de un muro
o hechizado por el brillo artificial de una ventana.
El señor arácnido se toma su tiempo.
No hay prisa.
El mundo es una intrincada tela desplegada
ante sus patas moviéndose diligentes como finos
tentáculos dispuestos a ultimar
los detalles más insignificantes para el lucrativo festín.
En el ajetreado ir y venir de arriba a abajo
apenas hay tiempo para detenerse
en los minutos gastados o las horas que se han ido.
Todo lo diseña minuciosamente para su consumo.
Esperar mil años es poco, perder un segundo es mucho.
Sólo hay que calcular los pulsos y las vibraciones
de los cuerpos en el preciso instante
en que ya no dan más de sí.
Quedarse quieto toda una vida si es necesario.
Cambiar de piel de vez en cuando.
Percibir el agónico estertor en los extremos
de la fibra luminosa donde convergen todos los caminos
que nutren el fresco hedor de una vida
atiborrada de tantas vidas.

<https://lobosluna.wordpress.com/2022/12/10/loxosceles-laeta/>